

La metamorfosis

La metamorfosis

Franz Kafka

Estudio preliminar y traducción
de Carlos Correas

TRADUCCIONES
LITERARIAS
ARGENTINAS

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Kafka, Franz

La metamorfosis / Franz Kafka ; prólogo de José Fraguas. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.

98 p. ; 20 x 14 cm. - (Traducciones literarias argentinas / Kornfeld, Laura; 3)

Traducción de: Carlos Correas.

ISBN 978-987-630-254-8

1. Literatura Checa. I. Fraguas, José, prolog. II. Correas, Carlos, trad. III. Título.
CDD 891.86

EDICIONES UNGS

©Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina - Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar - www.ungs.edu.ar/ediciones

Título original: *Die Verwandlung*

Colección Traducciones Literarias Argentinas

Dirección: Laura Kornfeld

Comité Editorial: Rocco Carbone y Eduardo Rinesi

Diseño gráfico de la colección: Daniel Vidable

Diseño de interior y tapas: Daniel Vidable

Corrección: Gustavo Castaño

Tipografía: Unna

Jorge de Buen Unna & Omnibus-Type Team

SIL Open Font License, 1.1

<http://www.omnibus-type.com/>

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en BMPress

Av. San Martín 4408 (C1417DSR), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,

en el mes de noviembre de 2016.

Tirada: 1000 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

La piel que habito. Correas, traductor de Kafka	9
Estudio preliminar	17
1.	17
2.	20
3.	24
4.	26
5.	29
6.	29
7.	29
Bibliografía	31
La metamorfosis	33
1.	33
2.	52
3.	75

La piel que habito. Correas, traductor de Kafka

En la introducción a su versión de *La metamorfosis*, Correas define a Kafka como “un hombre para quien la escritura era la forma que podía tomar la verdad en este mundo”. Correas compartía esa certeza y consideraba también a la traducción una tarea tan relevante como delicada y difícil. O quizás, junto con las otras dos actividades a las que dedicó su vida, leer y enseñar, fuera en realidad un modo o vía de algo más fundamental: la lucha por y contra el mundo que no puede realizarse, por lo menos en su caso, sino a través del lenguaje. Este es el instrumento de lucha que elige Correas y con el que establece un vínculo decisivo al que se entrega por completo. El lenguaje es “nuestra eterna bienamada”, pero es un amor no correspondido, afirmará retomando y agregándole drama a una frase de Kafka.

Como les ocurrió a Flaubert y a Baudelaire un siglo antes, Correas enfrentó a principios de los años sesenta un juicio por inmoralidad a raíz de una publicación, y hasta la innovadora revista *Contorno* rechazó un texto suyo objetando su mirada homoerótica y peronista. Ya sus primeros escritos –algunas entradas de su diario íntimo que circularon entre amigos– mostraron el carácter irreverente y transgresor que puede alcanzar la escritura. Una muestra de ese primer Correas puede encontrarse en *Los jóvenes*, probablemente su primer texto de ficción

y el último en publicarse, luego de pasar casi seis décadas medio escondido, medio olvidado.

Su relación con la lectura no fue menos turbulenta. Correas es un lector radicalmente reacio a la altisonancia, que detecta y desarma afectaciones y manías intelectuales, que exige solidez conceptual y calidad estilística y que espera al mismo tiempo que autores y libros lo sacudan y hechicen definitivamente. A diferencia de *Bovary* o del *Quijote*, no fue la sostenida frecuentación de los libros sino la lectura de una novela lo que orientó su vida para siempre. A los veinte años lee *La náusea* de Sartre, y experimenta “una revelación fulminante”, además de insomnio y palpitaciones. Abandona la carrera de medicina que estaba cursando y las novelas naturalistas que solía leer, aunque algo de estas puede encontrarse en cierta demora documental que tienen sus textos de ficción. Comienza entonces a estudiar filosofía y a efectuar sus primeras intervenciones como escritor y ensayista.

Además de escribir textos de ficción y ensayos, Correas hizo cuidadosas traducciones de textos literarios y filosóficos. Si bien fue un modo de ganarse la vida, fue él quien le propuso muchas veces a los editores la posibilidad de traducir por primera vez al español textos interesantes y a veces desconocidos, perlas que como bibliófilo hallaba de vez en cuando en sus exploraciones. Así ocurrió con tres textos de Kant: *Cómo orientarse en el pensamiento*, *Teoría y praxis* y *Sueños de un visionario*. El resto de sus traducciones, con la excepción quizás de *Política y ciencia* de Max Weber, se vinculan directamente con sus preocupaciones estéticas e intelectuales más persistentes. Tradujo *Cartas del noviazgo* de Søren Kierkegaard, *La metamorfosis* y *Carta al padre* de Franz Kafka, e hizo una versión del *Diario de un ladrón* de Jean

Genet para el sello Jorge Álvarez, cuyo destino se desconoce. Se dice también que, bajo el seudónimo de Emilse Ruggiero, y como testimonio de su afición al policial negro, tradujo *Aquel asunto del rey* de Dashiell Hammett.

Si del autor de *Cosecha roja* toma, para su libro sobre Masotta, la categoría “operación”, que a diferencia de “caso” pone el acento en la faena efectiva del investigador más que en las vicisitudes de lo dado, Kierkegaard, Kafka y Genet constituyen modelos para Correas no solo por la potencia que alcanzan en su escritura sino también por la actitud que asumen frente a los mandatos sociales y las jerarquías establecidas. La excentricidad del filósofo danés, el desamparo y el ascetismo kafkianos y la profunda e indeclinable rebeldía contra el decoro burgués del autor de *Las criadas* son para nuestro autor condición ineludible para la creación auténtica, es decir, la producción de obras que no se sujetan a modas, cánones, principios ni reglas, sino que los inventan.

La lista de las traducciones de Correas evidencia el interés de este autor por los géneros de la intimidad y las biografías. Nuestro autor mantuvo durante toda su vida adulta el hábito de llevar un diario en el que registraba desde los detalles más nimios hasta situaciones que adquirirán luego carácter literario. “Pequeñas memorias”, “narración” o “reportaje” son términos que aparecen en los títulos de su narrativa y son también formas de buscar un nombre para esa vocación por el registro de lo vivido.

En los estudios críticos que escribió sobre literatos y ensayistas, Correas trata siempre de abarcar el conjunto de la producción de cada autor, porque confía en que solo en esa totalidad se está más cerca de alcanzar “al hombre” y de encontrar las claves para descifrar lo que no dejan de ser caras de una misma y única trama: la

obra y la existencia propias. Moviliza entonces todas las fuentes disponibles: cartas, conversaciones, diarios y testimonios. El carácter vívido y vibrante que posee generalmente ese material, pero sobre todo lo reveladores que le resultarán ciertos pasajes en particular, tendrá un impacto definitivo en Correas. “La biografía de Brod me hizo amar a Kafka por los detalles de su vida”, declara en una conferencia sobre el escritor checo.

El fecundo uso de detalles biográficos que hace Correas en sus ensayos parece desmentir el dogma de la crítica literaria que condena la utilización de elementos de la vida del autor en la interpretación de sus obras. Pero no hay que engañarse. Correas elabora esos detalles como procesa su experiencia personal para volverla literatura. Tarea de alquimista porque, como él mismo plantea, lo inmediatamente dado no es interesante; para que adquiera valor hay que transformarlo trabajosamente y lograr que lo individual gane universalidad. Y en el proceso, el inventor se debatirá entre lograr que prevalezca la negatividad crítica frente a expectativas e imposiciones o rendirse y dejar que estas lo domestiquen.

En una conferencia que dio sobre el autor checo, Correas no presenta a Kafka como se acostumbra hacerlo, como un sufriente, tímido e introvertido muchacho, sino como “un novio recalcitrante”. Para mostrarlo, describe la curiosa relación epistolar que establece con Felice Bauer. Primero, el escritor le exige a su novia que, con detalle extremo, le describa minuciosamente todo sobre su vida diaria. Felice, como era previsible, no responde a sus expectativas, y entonces Kafka le sigue enviando cartas pero ordenándole que no las lea, que las destruya inmediatamente. Pero relevar estos aspectos insólitos de la intimidad cotidiana de Kafka no impide que Correas señale al mismo tiempo el particularmente difícil

contexto en el que se desarrolló la vida del escritor checo, así como el terrible destino de sus tres hermanas, que como consecuencia de la ocupación nazi de Checoslovaquia terminaron sus días en un campo de concentración.

Correas también es bastante obstinado, pero con el tema de las traducciones. Considera que no puede afirmar que conoce a un autor si no tuvo contacto con sus textos en el idioma original en el que fueron escritos. Enuncia largas diatribas contra las malas traducciones. Plantea, por ejemplo, que la negligente editorial que publicó a Sartre en Argentina agravó, estafó e infectó a sus lectores, y la responsabiliza por el defectuoso conocimiento de este autor en el país. Y atiende a cada traductor en particular calificando a sus versiones de “ridículas”, “nefastas”, “perezosas”, “disparatadas”, etcétera. No hace falta aclarar que abundante evidencia demuestra que el consumo de “malas traducciones”, así como otros productos culturales que algunos intelectuales mirarían con horror, no conduce necesariamente a la atrofia y a la estupidez. Pero hasta el mismo Correas planteará que aun leyéndolo en la lengua en que fue escrito, el proceso de comprensión de un texto filosófico es arduo y largo, por no decir inacabable. Recordará que se vuelve a una obra de ese tipo una y otra vez, para aprender lo que ya se sabía o para aprender algo más, o “para chocar con las mismas viejas incomprendiones”.

Correas hará traducciones de obras literarias y filosóficas como un modo de acercarse a autores que lo interpelan. Constituirá entonces un intento de leer y comprender más profundamente, pero será al mismo tiempo una ocasión para escribir. Como explica en una entrevista, la posibilidad de publicar traducciones es una oportunidad de acompañarlas con ensayos introductorios que, a

la manera de los que escribió Borges para la colección Biblioteca Personal publicada por Hyspamérica, son un ejercicio de reflexión y, en su caso, son también una intervención siempre polémica en el campo contra interpretaciones espiritualistas, reduccionistas y deprimentes.

Como ha señalado Valentina Salvi, la traducción de Correas de *La metamorfosis* atiende con particular pericia las sensaciones físicas y los procesos fisiológicos que experimenta el cuerpo transformado de Gregorio. La versión por mucho tiempo atribuida a Borges parece privilegiar en cambio el alma y sus tribulaciones. Con pequeños cambios, esa traducción es en realidad la primera que se hizo al español, y fue publicada por la *Revista de Occidente* en 1925 sin mencionar al traductor.

Pero Correas discute con Borges en el terreno de la interpretación de la literatura kafkiana. Para el autor de *Ficciones*, el mundo del autor checo está estructurado por una obsesión, la de las infinitas jerarquías y postergaciones. Y el incompleto estado en el que según la crítica quedó su novelística evidencia para Borges que, como los suplicios que suelen padecer sus personajes, los de Kafka son definitivamente interminables. Correas cree que el estilo borgiano, como el más sutil de los genios malignos, nos hechiza, y que a través de él su interpretación se vuelve ejemplar, memorable, única y absoluta en el instante en que se la está leyendo. Sin embargo, cuando la ilusión desaparece Kafka permanece como enigma irresuelto.

Correas rechaza las interpretaciones religiosas, que plantean significados insondables, así como las que se pierden en la multiplicidad inabarcable de sentidos. Para nuestro autor, Kafka es un escritor mundano y realista cuya literatura es fundamentalmente comunitaria, ya que pone bajo su inconfundible lente literario a la

familia, el trabajo y la sociedad humana. Las desconexiones que se observan en su obra no dañan su carácter orgánico, y ellas se deben a diversas causas: la falta de tiempo de Kafka para completarla, la destrucción que el mismo autor solicitó y que en algunos casos se llevó a cabo, y la supresión de situaciones y comentarios escandalosos que efectuaron los editores en su diario y en su correspondencia.

En la introducción a su versión de *La metamorfosis*, Correas recuerda que el título original es *La transformación*, y que el título con el que conocemos el relato se debe a la decisión, no muy justificada según su perspectiva, de aludir al poema de Ovidio. Revela también que para el pasaje de la humanidad a la animalidad que experimenta el protagonista del relato, Kafka inventa la palabra *Menschenzimmer*, que equivaldría a *habitación humana*, para mostrar enseguida cómo ese lugar se transforma en el escondite de un insecto. Más allá de este neologismo, en el texto se utiliza un lenguaje sencillo y preciso como el modo más eficaz de hacer presente el horror indecible que rodea la situación. Con la misma intención, no se menciona a ningún insecto determinado al describir el nuevo cuerpo de Gregorio. Correas rescata además el pedido expreso de Kafka a los editores para que no incluyan ninguna representación del monstruoso bicho en la tapa del libro.

El abandono de Gregorio de la existencia humana traduce para Correas el deseo de liberación de una vida familiar y social que le obtura sistemáticamente al hombre sus posibilidades de realizarse. Pero ese sueño cumplido se convierte en una pesadilla que solo terminará, luego del más penoso encierro, con su muerte. Liberados de la anomalía que significó Gregorio, los padres observan el cuerpo de su hija, deseosos de perpetuar el orden familiar.

Muestra de la irrefragable pasión de Correas por la traducción, esta cuidada versión en español de *La metamorfosis*, así como la interpretación que el autor esboza de la obra en el “Estudio preliminar”, que sin pretender más que “leer el texto tal como este se muestra y según lo que muestra” es de lo más contundente y reveladora, constituyen un acontecimiento singular, relevante y hasta ahora casi secreto en la historia de las traducciones literarias argentinas.

José Fraguas

Estudio preliminar

*Solo encontraría felicidad si pudiera elevar el mundo
a lo puro, lo verdadero, lo inmutable.*

Franz Kafka

1.

Dos temas principales recorren la obra de Franz Kafka: la familia y el trabajo. Y, a partir de aquí, la sociedad humana y sus derivaciones. La literatura de Kafka es esencialmente comunitaria: todos los misterios o alusiones o enigmas que, según han dicho algunos intérpretes, puede haber en ella, es posible resolverlos si advertimos que son los hombres (varones y mujeres) y sus relaciones lo que está en juego en tal obra.

La copiosa y a la vez inconexa literatura de Kafka ha de ser reunible si ahincamos en ella buscando a la vez al hombre y a la escritura que produjo. Y este hombre, en sus vaivenes de ser “abyecto e indigno” (textual de Kafka) y su ansia de escribir y seguir escribiendo para dar “cuenta de sí” (también textual de Kafka), nos propone, como tarea, su propio desciframiento. Sabemos que Kafka pidió a sus inmediatos allegados que destruyeran su obra aún no publicada. Parte de esa obra fue sí destruida, pero otra parte no. Dora Diamant, la última mujer amada por Kafka, destruyó

bastante de esa obra, pero Max Brod (1884-1968), probablemente el más íntimo de los amigos de Kafka, desoyó esa instrucción y, por una “feliz desobediencia” (expresión de Jorge Luis Borges), publicó sus “múltiples manuscritos”.

La metamorfosis, el texto que nos ocupa, fue publicada en vida de Kafka. Pero las famosas novelas *América*, *El proceso* y *El castillo* fueron editadas por primera vez luego de su muerte y bajo el cuidado de Max Brod. Fueron, entonces, obras póstumas, lo mismo que otros escritos comparativamente menores (narraciones, *Diario*, correspondencia). La inconexión que mencionábamos más arriba tiene dos razones: una es que la mayoría de estas obras han quedado inacabadas por el propio Kafka; la otra radica en las supresiones de diversos pasajes por los editores, sobre todo Max Brod. Así, por ejemplo, Kafka, que frecuentaba a las prostitutas, escribe en un tramo de su *Diario*, en noviembre de 1910: “Ayer pasé ante un prostíbulo como ante la casa de la amada” (esta frase, posiblemente por motivos de moralidad, fue censurada y, consiguientemente, omitida por Max Brod).

En cuanto a la familia, tenemos lo que se podría denominar una “historia familiar” de Kafka: sus padres y sus hermanas. Hay al respecto una también famosa *Carta al padre* de Kafka, escrita, según el autor, con “argucias de abogado” (Kafka era doctor en Derecho). Y Kafka trabajó durante catorce años en Praga como asesor jurídico de la “Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia”. En esa *Carta*, dirigida efectivamente al padre pero que este jamás recibió, pues Kafka no se la entregó directamente, Kafka interpela a su padre y revisa las relaciones entre tal padre y el hijo. Kafka entregó esta carta a Milena

Jesenská, otra de las mujeres amadas por Kafka, y su publicación fue también póstuma. El padre de Kafka (Hermann Kafka, 1852-1931) llegó a ser un poderoso comerciante mayorista de artículos de fantasía. En esa *Carta*, el hijo busca ajustar las cuentas con su padre. ¿Por qué? Diremos que porque el padre devino empresario y rentista, y el hijo, en cambio, busca en la literatura su “felicidad” y su “total posibilidad de ser útil”, su vida propia. En la familia de origen judío tenemos también a la madre de Kafka (Julie Löwy, 1856-1934) y a tres hermanas (Gabriele, llamada Elli, 1889-1941; Valerie, llamada Valli, 1890-1942; Ottilia, llamada Ottla, 1892-1943. Luego de la ocupación de Checoslovaquia por las tropas nazis, las tres hermanas de Kafka fueron deportadas y murieron en campos de concentración).

Respecto al padre, diremos que apelaba a recursos que parecían surgir de la estructura de la paternidad y de la constelación familiar. Reproches, el “mucho enojo”, el sobrecogedor espectáculo del padre muy preocupado, decepcionado, mortificado, fastidiado, “sumido en el desencanto”... contrariado, escarnecido... en fin, enfermo... y a causa del hijo varón. En familia, Hermann Kafka no les ahorra a los suyos los trances de sus desazones y enfados, ni la aparición de sí mismo abrumado por las responsabilidades y cargas familiares y empresarias (*Diario*, anotación del 26 de agosto de 1912: “Mi padre... agitado... enloquecido por las ansiedades del negocio... la enfermedad... pañuelo húmedo sobre el corazón... vómitos, sofocaciones... la triste convicción de que él siempre tendrá que sostener a la familia... Y yo con mis papeluchos”).

2.

Franz Kafka nació en Praga en 1883 y murió en Viena en 1924, a los 40 años, aquejado por una tuberculosis de laringe. Murió en un sanatorio. En los momentos finales de agonía los dolores eran muy fuertes. Para aliviarlos el médico le dio una inyección de morfina. Los dolores se mitigaron pero no lo suficiente. El médico vacilaba sobre si darle una segunda inyección. Y Kafka le dijo: “Máteme; si no, es usted un asesino”.

Entre 1889 y 1893 Kafka hizo la escuela elemental. Realizó los estudios secundarios entre 1893 y 1901. La lengua de Kafka era el alemán. El checo era un dialecto popular de la clase baja. En 1901 Kafka comienza a estudiar en la Universidad Alemana de Praga y en 1906 se doctora en Derecho. Desde octubre de 1907 y hasta julio de 1908 trabaja como asesor jurídico en Assicurazioni Generali, una compañía de seguros de origen italiano. En julio de 1908 ingresa, también como asesor jurídico, en la Compañía de Seguros de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia, donde permaneció hasta su jubilación en julio de 1922. Respecto a un texto publicado en un periódico praguense, dice Kafka en su *Diario* el 10 de octubre de 1911: “Escribí un artículo sofisticado a favor y en contra de mi Compañía de Seguros”. Y en una anotación del *Diario* del 15 de noviembre de 1912, dice Kafka respecto a los obreros mutilados por accidentes de trabajo: “Qué modestos son estos hombres. Vienen a pedirnos algo. En vez de destruir la Compañía y aniquilarlo todo, vienen a pedirnos algo”.

En agosto de 1912 Kafka conoce a la joven Felice Bauer (1887-1960), con la que inicia un noviazgo. De noviembre a diciembre de 1912, Kafka redacta *La metamorfosis*. En junio de 1914 Kafka se

compromete con Felice. Al mes siguiente, julio, Kafka rompe ese compromiso matrimonial. En octubre de 1914 conoce a la joven Grete Bloch, con la que tiene un hijo, que murió a los siete años y de cuya existencia Kafka jamás se enteró. En julio de 1917 Kafka se compromete por segunda vez con Felice Bauer. En septiembre vomita sangre y se le diagnostica la tuberculosis de laringe, que también afecta a los pulmones. En diciembre de ese mismo año rompe por segunda vez el compromiso matrimonial con Felice. Comentemos que Kafka era, ciertamente, un novio recalcitrante. Se han conservado cartas de Kafka a Felice. Las de esta a Kafka se han perdido. Las cartas de Kafka a Felice alcanzan un total de quinientas diez. En ocasión de un viaje de Max Brod a Berlín, donde residía Felice, esta le dice: “No sé por qué será, pero el caso es que Franz me escribe mucho, y sin embargo sus cartas no logran tener sentido. No sé de qué se tratan”. Como ha observado inmejorablemente José Isaacson, un gran estudioso de Kafka, este hizo de otra Aldonza Lorenzo una ensoñada Dulcinea, pero siempre ha de ser Aldonza Lorenzo la que, al cabo de haber recibido más de quinientas cartas, diga: “No sé de qué se tratan”. En noviembre de 1918 Kafka conoce a la joven Julie Wohryzek, con la que comienza un noviazgo y con la que se compromete en noviembre de 1919. En abril de 1920 conoce a la joven Milena Jesenská, con la que inicia una abundante correspondencia que se ha conservado. Milena Jesenská (1896-1944), checa, no judía, sino cristiana, muere, al igual que las hermanas de Kafka, en un campo de concentración nazi. En mayo de 1920 Kafka rompe el compromiso matrimonial con Julie Wohryzek. En julio de 1923, en Müritzt (a orillas del Mar Báltico), en una casa de convalecencia, Kafka conoce a Dora Diamant (1903-1952), que era directora de

un comedor popular. Vivió con ella en Berlín hasta que, acosados por la arrolladora inflación, se trasladan a Viena. Dora permaneció junto a Kafka hasta el momento de la muerte de este, el 3 de junio de 1924. Fue, como dijimos, la última mujer a quien Kafka amó.

Mencionamos más arriba la frecuentación, por parte de Kafka, de las prostitutas. Estas han sido también para Kafka fuente de inspiración literaria. Así, las criadas Leni (en *El proceso*) y Frieda (en *El castillo*) están presentadas como sensuales y como un tipo de prostitutas vulgares y hasta brutas, y cómicas en el erotismo de palabras y situaciones, y son queridas de funcionarios y se hacen mantener, además, por abogados y grandes señores, y solo piensan en “los pequeños horrores del momento”, y emana de ellas “un olor amargo y excitante como el de la pimienta”. Además, en *América*, la primera novela de Kafka, que quedó inacabada porque el propio Kafka no la concluyó, el protagonista, Karl Rossmann, habría de encontrar finalmente en Oklahoma (uno de los Estados Unidos de Norteamérica), según nos refiere Max Brod, “su misión, su libertad, su fundamento vital; más aún, hasta volvió a ver allí, como por encanto celestial, a sus padres, a su misma tierra patria”; y esto, según Brod, Kafka lo insinuaba oralmente, “solo de manera vaga y con misteriosa y amante sonrisa”. Pues bien, en esta novela, *América*, hay otra protagonista, llamada Brunelda, que es un enorme coloso de carne de sexualidad desbordante y a la vez meramente pasiva, y más gozadora y prostituida que prostituta. Ahí está, para los que deseen disfrutar de tal y tanta extrema gordura. En cuanto al discernimiento de Kafka acerca de las mujeres, o, al menos, de una mujer, tenemos el registro de su *Diario* en oportunidad de su primer encuentro con Felice. La anotación es del 20 de agosto de 1912: “La señorita Felice Bauer. Cuando llegué a casa de Brod el 13

de agosto, ella estaba comiendo con ellos en la mesa. Sin embargo, la tomé por una criada. Tampoco sentí la menor curiosidad por saber quién era; la consideré en cambio como algo indiscutible y la traté familiarmente. Una cara huesuda y vacía que exhibe abiertamente su vaciedad. Cuello desnudo. Una blusa puesta de cualquier modo. Parecía bastante pobremente vestida, aunque luego demostró lo contrario... Nariz casi aplastada. Rubia, cabello algo lacio, poco atractivo; mandíbula fuerte. Mientras me sentaba la miré por primera vez de cerca, y apenas me senté ya me había formado acerca de ella un juicio irrevocable”.

Respecto al juicio de las mujeres acerca de Kafka contamos con uno, quizás el más decisivo, el de Milena Jesenská. Milena, cuando conoció a Kafka, estaba casada (luego se divorció), y, de jovencita, había realizado los desafíos que en su época eran para ella y sus amigas los medios para afirmarse en su femineidad y autonomía: visitar cementerios de noche; cruzar a nado, vestidas, los ríos y arroyos de las ciudades; irrumpir en las tabernas exclusivas para varones alcohólicos; primeros amores con pintores y literatos; vestiduras flotantes a lo Isadora Duncan... Milena, que, según las fotografías que han quedado, era una mujer de poderosa, incluso prodigiosa belleza, y también, por añadidura, una mujer de una sensibilidad y una inteligencia extraordinarias, ha dicho de Kafka, según el testimonio de Max Brod: “La verdad es que todos nosotros, según parece, somos capaces de seguir viviendo porque ha habido un momento en que nos hemos amparado en la mentira, en la ceguera, en el entusiasmo, en el optimismo, en una fe, en el pesimismo, en lo que sea. Pero él, Kafka, nunca ha ido a ampararse a un asilo, nunca. Es absolutamente incapaz de mentir, lo mismo que es absolutamente incapaz de emborracharse. Vive

a la intemperie, en la máxima simplicidad, y sin el menor refugio, sin albergue. Y así está expuesto a todo aquello de lo que nosotros ya estamos defendidos. Está desnudo entre los que van vestidos. En el fondo es una especie de ser determinado por sí y para sí. Es un hombre asceta. Y no es un hombre que haya desplegado su ascetismo como instrumento para alcanzar una meta. Es un hombre al que su terrible clarividencia, su pureza, su inagotable honestidad y su incapacidad de aceptar componendas le imponen el ascetismo”. Y en una carta a Max Brod, Kafka le expresa a propósito de Milena: “Es un fuego vivo como nunca lo he visto..., pero a la vez delicadísima, graciosa, y todo lo arroja en el sacrificio o, mejor dicho, todo lo ha adquirido mediante el sacrificio”.

En una carta a Milena del 12 de febrero de 1922, Kafka le dice: “No puedes amarme, por más que lo quieras. Desdichadamente amas el amor que sientes hacia mí, pero el amor que sientes hacia mí no te ama”. Y en una anotación del *Diario* del 4 de mayo de 1915, escribe Kafka: “Por más poca cosa que yo sea, no hay nadie aquí que me comprenda totalmente. Tener a alguien que me pueda comprender, tener a una mujer que lo hiciera, eso sería tener una ayuda para todo, sería tenerlo a Dios”.

3.

En *América*, el protagonista Karl Rossmann pugna por llegar al “gran teatro integral de Oklahoma”, que “emplea a cualquiera”, y donde cada cual tendrá su puesto”. Este gran teatro es, entonces, el asidero para lograr una posición, incluso en una jerarquía: ser subordinado respecto a unos y ser subordinante respecto a otros. Es, en general, una aspiración en la familia y en el trabajo,

y, por extensión, en la sociedad. Kafka es un escritor radicalmente mundano. Poco tiene que ver en él, como han intentado algunos intérpretes, también Max Brod, una “evolución religiosa”. Kafka se remite a este mundo, mundo humano, sea calmo o placentero, sea horroroso o criminal. Es preciso tomar en toda su densidad esta anotación del *Diario* del 17 de septiembre de 1920: “Nunca me hallé bajo el peso de otra responsabilidad que la que me impusieron la existencia, la mirada, el juicio de otros hombres”.

En la siguiente novela, *El proceso*, el protagonista Josef K. es tan esfumado como lo sugieren su nombre y la inicial de su apellido. Solo impera una maquinaria ciega, desencadenada por sí misma, que lo hostiga al tal Josef K. a ocupar su lugar en el orden universal, si lo hay. Postergaciones, mandatos equívocos, obligaciones erráticas, explicaciones dispares, ambigüedades, demoras e irresoluciones impiden que Josef K. se apropie de su presunto y correspondiente grado en la jerarquía. Y por no haber sabido ni podido dilucidar tal lugar, Josef K. es procesado por orden de jueces inescrutables y muere “como un perro”.

En *El castillo*, el agrimensor K. ya no es más que una inicial. Imposible recordarlo como personaje o persona. Convocado a trabajar en un castillo, tal agrimensor jamás logra acceder a dicho recinto. Turbas de funcionarios lo rechazan con réplicas y contrarréplicas tan válidas y tan difusas las unas como las otras. Y, finalmente, todo lo narrado ha de darse en una exposición que ella misma también se desvanece.

Este es el mundo nuestro, el mundo humano que nos exhibe Kafka: lo porfiado o abruptamente tácito, los sobreentendidos que no terminan de disiparse.

4.

En *La metamorfosis*, el protagonista, Gregorio Samsa, se despierta una mañana en su cama metamorfoseado en un “monstruoso insecto”. Kafka, sin duda deliberadamente, no precisa qué insecto: ¿Cucaracha? ¿Escarabajo? ¿Ladilla? ¿Termita? Sabemos que los insectos mismos se metamorfosean desde el estado de larva hasta el de adulto, pero Samsa ya es ese insecto adulto y, además, “monstruoso”; y entendemos que este “monstruoso” radica en que su tamaño es el de un hombre adulto de altura y magnitud normales. Lo anormal, lo “monstruoso”, consiste aquí en que un insecto posea esa normalidad humana; y además, y en un principio, Samsa conserva su conciencia humana. Solamente su cuerpo es, en este comienzo, el de un *insecto*.

Es por cierto interpretable que nos encontramos en este caso con una determinada relación entre la animalidad y la humanidad. Veámoslo más de cerca a través de algunas declaraciones de Kafka mismo. En una carta a Milena de enero de 1922, Kafka escribe: “Me preguntas cómo vivo, qué quiero, qué hago. Es más o menos así: yo, animal del bosque, yacía en cualquier parte, en una sucia zanja (sucia solamente a causa de mi presencia, por supuesto); de pronto te vi en el claro, lo más maravilloso que había visto jamás; me olvidé de todo, absolutamente de todo, me erguí, me acerqué, aunque temeroso de esa libertad nueva y sin embargo familiar, me acerqué no obstante más y más, llegué a tu lado, fuiste tan buena que me acurriqué a tu lado, como si me lo hubieran permitido, hundí la cara en tu mano, me sentía tan feliz, tan orgulloso, tan libre, tan fuerte y tan en mi casa, y siempre lo mismo: tan en mi casa, pero en el fondo seguía siendo solo un animal, mi lugar estaba

en el bosque, vivía en el claro solamente gracias a tu clemencia, leía mi destino en tus ojos. Eso no podía durar. Aunque me acariciabas el lomo con la mano más bondadosa, tenías que reconocer las anormalidades que te hablaban del bosque, de mi origen y de mi verdadera morada. Entonces yo tenía que volver a la oscuridad, no soportaba el sol, estaba desesperado, realmente como un animal perdido, huí de ti, me eché a correr lo más rápido que pude, pensando constantemente: ‘¡Si pudiera llevármela conmigo!’, y la idea opuesta: ‘Pero ella está en la luz. ¿Existe acaso la oscuridad donde ella está?’. Me preguntas cómo vivo: así vivo”.

Pero alternemos aquí con una manifestación cierta del amor de Kafka por Milena. Esta vivía en Viena y Kafka le escribe desde Praga (a mediados de junio de 1920): “Hoy vi un plano de Viena. Durante un rato me resultó incomprendible que hayan construido una ciudad tan grande cuando tú solo necesitas una habitación”.

El escritor alemán Gustav Janouch, amigo de Kafka, nos ha dejado en sus *Gespräche mit Kafka (Conversaciones con Kafka)* los diálogos personales que mantuvo con Kafka acerca del “animal” de *La metamorfosis*. Atendamos a un tramo de estas conversaciones:

Kafka: La metamorfosis de Samsa tiene que ser concebida primeramente como una expresión de la añoranza de una vida libre, natural. La existencia humana es demasiado fastidiosa, y por esto uno quiere liberarse de ella por lo menos en la fantasía.

Janouch: Se podría decir que se trata de una propensión semejante a la de la Revolución francesa. Entonces se decía: retorno a la naturaleza.

Kafka: ¡Claro que sí! Solo que hoy se va más lejos. No se lo dice únicamente. Se lo hace. Se retorna al animal. La existencia animal es mucho más simple que la existencia humana.

Así, el comienzo de *La metamorfosis* es una suerte de manifestación del deseo de una libertad que sueña con zafarse de las cadenas de la vida social, esto es, de la familia y del trabajo. Pero a la vez la buscada libertad es siempre el comienzo de una pesadilla en vigilia. Gregorio Samsa pierde gradualmente la conciencia humana, las costumbres humanas (ya no se sienta *sobre* el sofá, sino que se esconde *debajo* del sofá). Y termina por no comer las sobras que le deja la familia (los padres y la hermana), y finalmente se deja morir sin haber podido salir de su casa humana. Y es ahora la familia quien se ha liberado de él.

Escribimos “casa humana”. Es Kafka quien marca la transición de la humanidad a la animalidad al emplear en las primeras líneas de la narración la palabra *Menschenzimmer* (habitación humana o habitación de hombre). La palabra es insólita en alemán. Se trata de una composición entre *Menschen...* (lo concerniente a lo humano o al hombre) y *Zimmer* (habitación), inventada por Kafka. Es la habitación de Gregorio Samsa, que de “humana” se metamorfosea, igualmente, en la guarida de un animal, el “monstruoso insecto” que allí encuentra también su muerte.

Como señalamos, Kafka no especificó el insecto. Semejante indeterminación es aquí una fuerza; solo persiste en la imaginación y en la memoria del lector un hombre transformado en un insecto que es, además, “monstruoso”. En ocasión de la primera edición de *La metamorfosis* y ante el propósito de que el libro llevara una ilustración del insecto, Kafka le escribe el 25 de octubre de 1915

al editor Kurt Wolff: “No. Eso no. Por favor, eso no. El insecto de ningún modo debe ser dibujado. Se lo ruego encarecidamente. Por favor. Que no haya dibujo alguno del insecto”.

5.

Aunque sin una participación directa, Kafka fue un firme simpatizante de los círculos anarquistas de Praga. Participó en los actos de protesta por la ejecución (el 13 de octubre de 1909) del pedagogo y anarquista español Francisco Ferrer. Fue lector de Bakunin y de Kropotkin. Ayudaba económicamente a los clubes anarquistas de Praga y concurría a los mitines de tendencias antimilitaristas y anticlericales. Fue estrecho amigo del escritor checo, anarquista, Jaroslav Hasek (1883-1923), autor de la célebre novela satírica y antibelicista *Las aventuras del soldado Schwejk en tiempos de la Gran Guerra*.

6.

Según la definición del filósofo Immanuel Kant, “genio” es aquel que da la regla al arte, o sea, aquel por quien el arte se rige y no aquel que es regido por el arte. En tal sentido, Kafka fue un genio. A partir de él, el arte de la escritura fue efectivamente otro que el que había sido hasta entonces.

7.

Aquí tiene usted, lector, *La metamorfosis*. Tendrá en sus manos no solo un libro único, sino también a un hombre para quien la

escritura era la forma que podía tomar la verdad en este mundo. Y puesto que la amistad a través de la literatura es quizá la mayor eficacia de Kafka, usted tendrá asimismo, o recuperará, al amigo que, por su escritura, acude a nuestro lado en la hora de la angustia o de la desesperación silenciosa, o también en la hora del mayor alborozo. Y ese acudir y esta voz que aquí nos habla nos une a usted y a mí. Es precisamente la voz de nuestro amigo Franz Kafka.

Nuestra traducción se basa en el texto alemán ofrecido por la editorial Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 1997. Esta publicación reproduce literalmente la primera edición, aparecida en 1916 en la editorial Kurt Wolff, de Leipzig. El título alemán del propio Kafka es *Die Verwandlung*, y no *Die Metamorphose*. La tradición cultural francesa y española ha impuesto, remontándose verosímilmente a las *Metamorphoses* de Ovidio, que el título fuera *La métamorphose* en francés y *La metamorfosis* en castellano. No cabía pues para nosotros traducir actualmente *Die Verwandlung* sino como *La metamorfosis*, y no, por ejemplo, como *La transformación*.

Circula desde hace tiempo una versión de *La metamorfosis* “traducida” por Jorge Luis Borges. En una entrevista de los años setenta (Fernando Sorrentino, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Casa Prado, 1973), Borges desmintió que esa versión le perteneciera. En efecto, en tal traducción proliferan los anacolutos y, sobre todo, el pronombre personal se en posición enclítica: *encontróse, levantóse, díjose, deslizóse, permitióse*, etcétera, redacción del todo anómala en Borges. Este atribuyó tal versión a “algún español” y se desentendió de enmendarla o de prohibir su mención como “traductor”.

Carlos Correas

Bibliografía

De la profusa bibliografía sobre Kafka hemos hecho una selección en la que nos hemos permitido incluir un texto de nuestra autoría.

Adorno, Theodor W. (1955). *Prismen*. Frankfurt am Main.

Albérès, R. M. y De Boisdeffre, Pierre (1960). *Franz Kafka*. París.

Arendt, Hannah (1948). *Sechs Essays*. Heidelberg.

Bataille, Georges (1957). *La littérature et le mal*. París.

Benjamin, Walter (1980). *Iluminaciones I*. Madrid.

Blanchot, Maurice (1993). *De Kafka a Kafka*. Buenos Aires.

Borges, Jorge Luis. “Kafka y sus precursores”. Prólogos a *La metamorfosis, América y Relatos breves*.

Brod, Max (1951). *Kafka*. Buenos Aires.

Canetti, Elías (1976). *El otro proceso de Kafka*. Barcelona.

Carrouges, Michel (1948). *Franz Kafka*. París.

Correas, Carlos (1983). *Kafka y su padre*. Buenos Aires.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1975). *Kafka. Pour une littérature minéure*. París.

Groethuysen, Bernard (1947). *Mythes et portraits*. París.

Isaacson, José (1977). *Kafka, la imposibilidad como proyecto*. Buenos Aires.

--- (1977). *Introducción a los Diarios de Kafka*. Buenos Aires.

Janouch, Gustav (1951). *Gespräche mit Kafka*. Frankfurt am Main.

- Lancelotti, Mario A. (1950). *El universo de Franz Kafka*. Buenos Aires.
- Robert, Marthe (1960). *Kafka*. Paris.
- Sartre, Jean-Paul (1947). *Situations I*. París.
- Sarraute, Nathalie (1956). *L'ère du soupçon*. París.
- Steiner, George (1990). *Lenguaje y silencio*. México.
- Wagenbach, Klaus (1970). *La juventud de Franz Kafka*. Caracas.
- (1969). *Franz Kafka*. Madrid.
- Wahl, Jean (1947). *Kafka et Kierkegaard*. París.
- Wilson, Edmund (1972). *Crónica literaria*. Barcelona.

La metamorfosis

1.

Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana, después de un sueño inquieto, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba echado sobre el duro caparazón de su espalda y vio, cuando levantó un poco la cabeza, su vientre oscuro, abombado por arqueadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha a punto de venirse al suelo. Sus muchas patas, lastimosamente flacas, en comparación con el tamaño anterior de sus piernas, se agitaban desamparadas ante sus ojos.

“¿Qué me ha sucedido?”, se preguntó. No era un sueño. Su habitación, una verdadera aunque demasiado estrecha habitación humana, aparecía como de ordinario entre las cuatro bien conocidas paredes. Sobre la mesa, la cual estaba cubierta por un muestrario de telas –Samsa era viajante de comercio–, colgaba una estampa poco antes recortada de una revista ilustrada y puesta en un lindo marco dorado. Representaba a una señora tocada con un gorro de pieles, envuelta en una bufanda también de pieles, y que, muy erguida, esgrimía hacia el contemplador un amplio manguito, también de piel, dentro del cual se metía todo su antebrazo.

Gregorio dirigió luego la vista hacia la ventana, y el tiempo nublado –se oía el repiqueteo de las gotas de lluvia en la chapa de la ventana– lo puso melancólico. “Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco más y me olvidara de todas estas locuras?”, pensó, pero esto era del todo imposible, porque él estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, y en su actual estado no podía adoptar esa posición. Por más fuerza que hiciera para arrojarle hacia el lado derecho, siempre volvía a caer de espaldas. Cien veces intentó esa operación, cerró los ojos para no tener que ver las patas inquietas, y abandonó el intento cuando comenzó a sentir en el costado un dolor leve, punzante, hasta ahora jamás sentido.

“¡Ay, Dios!”, pensó, “qué profesión cansadora he elegido. Un día sí y otro también de viaje. Las preocupaciones por el negocio son mucho mayores cuando se trabaja afuera que cuando se lo hace en el propio almacén, y además esta plaga de los viajes, el apremio por las combinaciones de los trenes, la comida mala, irregular, relaciones siempre cambiantes, que jamás perduran, jamás cordiales, jamás verdaderamente humanas. ¡Al demonio con todo esto!”. Sintió una ligera picazón en el vientre; lentamente se empujó sobre la espalda hacia la cabecera de la cama para poder alzar mejor la cabeza; encontró el lugar que le picaba, que estaba lleno de unos puntitos blancos que no pudo explicarse; quiso tocarse el lugar con una pata, pero la retiró enseguida pues el roce le produjo escalofríos.

Se deslizó hasta tomar su anterior postura. “Estos madrugones”, pensó, “lo aturden a uno por completo. El hombre tiene que tener su sueño justo. Otros viajantes viven como odaliscas. Cuando yo, por ejemplo, vuelvo a media mañana a la posada para anotar los pedidos, estos señores están ahí muy sentados tomando el desa-

yuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiera hacer lo mismo, estaría en el acto de patitas en la calle. Y quién sabe si esto no sería lo mejor para mí. Si no fuera por mis padres, hace tiempo que habría renunciado; me habría presentado ante el jefe y le habría dado mi opinión desde el fondo del corazón. ¡Seguro que se cae del pupitre! Y es también una cosa especial eso de sentarse sobre el pupitre y hablarles desde ahí arriba a los empleados, que además tienen que acercársele mucho porque el jefe es medio sordo. Pues bien, la esperanza no está del todo perdida. Cuando tenga juntado el dinero para pagarle la deuda que mis padres tienen con él –unos cinco o seis años todavía– yo resuelvo el asunto. Entonces me daré el gusto. Pero ahora tengo que levantarme, pues mi tren sale a las cinco”.

Y miró hacia el despertador, que hacía tic-tac sobre el baúl. “¡Santo Dios!”, pensó. Eran las seis y media, y las agujas del reloj seguían avanzando tranquilamente, incluso ya eran más de las seis y media y las agujas se acercaban a las siete menos cuarto. ¿No había sonado el despertador? Desde la cama se podía ver que estaba puesto justo a las cuatro; tenía que haber sonado. Pero ¿era posible seguir durmiendo tranquilamente con ese ruido del tic-tac con el que hasta los muebles tambaleaban? Ahora bien, no había dormido tranquilamente, pero, tal vez por esto mismo, más profundamente. Pero ¿qué tenía que hacer ahora? El próximo tren salía a las siete; para alcanzarlo habría tenido que correr locamente. Y el muestrario todavía no estaba empaquetado y por otra parte él mismo no se sentía muy brioso ni animado. Y además, aunque alcanzara el tren, no evitaría el enojo del jefe, pues uno de los ordenanzas de la tienda habría ido a esperarlo al tren de las cinco y ya habría notificado acerca de su falta. El ordenanza era un producto del jefe, sin dignidad ni consideración. ¿Qué ocurriría

si dijera que estaba enfermo? Pero esto sería por demás penoso y sospechoso, pues Gregorio en sus cinco años de servicio jamás había estado enfermo. Seguramente vendría el jefe con el médico de la mutual, para quien los hombres en general están siempre completamente sanos, pero son perezosos. Y, por lo demás, ¿no habría tenido algo de razón en este caso? Gregorio se sentía muy bien, aparte de una somnolencia realmente superflua después del prolongado sueño, y, además, tenía mucha hambre.

Mientras pensaba todo esto muy aprisa, sin poder decidirse a abandonar la cama –el despertador daba justo las siete menos cuarto–, golpearon suavemente la puerta junto a la cabecera de la cama. “Gregorio”, se oyó –era la voz de la madre–, “son las siete menos cuarto. ¿No ibas a salir de viaje?”. ¡Qué voz más dulce! Gregorio, cuando contestó, se horrorizó al oír la suya propia, que era seguramente la de siempre, pero en la que se mezclaba una especie de silbido doloroso e irreprimible, que perturbaba de tal modo las palabras, al principio claras, que uno no sabía si la había oído bien. Gregorio habría querido contestar extensamente y explicarlo todo, pero en esas circunstancias se limitó a decir: “Sí, sí. Gracias, madre. Ya me levanto”. A causa de la puerta de madera no debió notarse la mutación de la voz de Gregorio, pues la madre se tranquilizó con esta respuesta y se marchó. Pero este breve diálogo hizo saber a los demás miembros de la familia que Gregorio, contra lo que se esperaba, todavía estaba en casa. Y ya estaba el padre golpeando a una de las puertas laterales, débilmente, pero con el puño. “Gregorio, Gregorio”, exclamó, “¿qué pasa?”. Esperó un momento y apremió de nuevo, alzando un poco la voz: “¡Gregorio, Gregorio!”. En la otra puerta lateral la hermana gemía suavemente: “¿Gregorio? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?”. Gregorio

les respondió a los dos al mismo tiempo: “Ya estoy listo”, tratando de pronunciar las palabras con gran lentitud y con sumo cuidado para disimular el sonido inaudito de su voz. El padre volvió a su desayuno, pero la hermana siguió susurrando: “Abre, Gregorio, te lo suplico”. En lo cual Gregorio no pensaba ni mucho menos, sino que se felicitaba por la preocupación suya, costumbre adquirida en los viajes, de cerrar todas las puertas durante la noche, incluso en su propia casa.

Lo primero era levantarse tranquilamente, arreglarse sin ser molestado y, sobre todo, desayunar, y recién después pensaría en el resto, pues comprendía bien que en la cama, por más que pensara, no podría llegar a ninguna conclusión razonable. Recordaba haber sentido a menudo, ya en la cama –quizá por alguna postura incómoda–, un ligero dolor, y que luego, una vez levantado, resultaba tan solo un producto de su imaginación, y tenía curiosidad por ver cómo habrían de disiparse gradualmente sus fantasmas de hoy. No dudaba tampoco en lo más mínimo de que el cambio de su voz era simplemente el anticipo de un fuerte resfrío, enfermedad profesional de los viajantes de comercio.

Quitar la colcha fue muy sencillo, le bastó con hincharse un poco y la colcha cayó por sí sola. Pero el resto resultó difícil, especialmente porque su cuerpo era extraordinariamente ancho. Habría necesitado brazos y manos para incorporarse, pero en vez de ello solo tenía las muchas patitas que estaban en constante movimiento y que además él no podía controlar. Si quería doblar una, esa era la primera que se estiraba; y si finalmente lograba hacer con esa pata lo que quería, todas las otras, mientras tanto, como liberadas, seguían en máxima y dolorosa agitación. “No hay que quedarse inútilmente en la cama”, se dijo Gregorio.

Primero quiso salir de la cama con la parte inferior del cuerpo, pero esta parte, que él por lo demás todavía no había visto y que tampoco podía representarse, resultó ser muy difícil de mover. La maniobra se inició muy despacio; y cuando finalmente, casi ya frenético, se arrojó hacia delante con todas sus fuerzas y sin miramientos, calculó mal la dirección y se dio un golpe tremendo contra los pies de la cama; y el dolor tan agudo le hizo entender que precisamente la parte inferior de su cuerpo debía de ser por el momento la más sensible.

Trató entonces de salir de la cama primero con la parte superior del cuerpo, y volvió cuidadosamente la cabeza hacia el borde de la cama. Esto resultó fácil y, a pesar de su anchura y su peso, la masa del cuerpo siguió por fin, y lentamente, la dirección de la cabeza. Pero cuando finalmente la cabeza estuvo fuera de la cama, colgando en el aire, tuvo miedo de seguir avanzando de ese modo, pues si se dejaba caer así sería un milagro que la cabeza no se lastimara. Y de ningún modo podía perder ahora el sentido; antes prefería quedarse en la cama.

Pero cuando, después de realizar a la inversa el mismo esfuerzo, y resoplando, volvió a la posición anterior, vio de nuevo sus patitas peleándose entre sí aún más excitadas. No había posibilidad de ordenar y de detener ese caprichoso movimiento. Y se dijo otra vez que de ningún modo podía seguir en la cama y que lo más sensato sería sacrificarlo todo, aun si solo le quedara una mínima esperanza de liberarse así de la cama. Pero a la vez no olvidó, y también recordó, que mucho mejor que tomar decisiones desesperadas era reflexionar más y más serenamente. En momentos así clavaba lo más posible sus ojos en la ventana, pero lamentablemente no era mucha la confianza en el ánimo que podía lograr, mirando

ahora la niebla que ocultaba la vereda opuesta de la callecita. “Ya son las siete”, se dijo cuando volvió a sonar el despertador, “ya las siete y todavía sigue la niebla”. Y por un momento se quedó quieto, respirando suavemente, como esperando quizá que del total silencio hubiera de surgir el retorno de las situaciones reales y comprensibles.

Pero a poco se dijo: “Antes de las siete y cuarto tengo que haberme levantado sin falta. Sin contar que es seguro que alguien vendrá del negocio a preguntar por mí, pues ahí abren antes de las siete”. Y entonces se dispuso a salir de la cama, de cuerpo entero. Si se dejaba caer así de la cama, mantendría bien erguida la cabeza, que probablemente no se dañaría. La espalda parecía ser dura; no le ocurriría nada al caer sobre la alfombra. La mayor preocupación era ahora el estruendo que esto produciría, y que si no asustaba, al menos iba a despertar inquietud del otro lado de las puertas. Pero había que arriesgarse a esto.

Cuando Gregorio ya estaba a medias fuera de la cama –el nuevo método era más bien un juego que un esfuerzo, pues solo tenía que balancearse siempre hacia atrás– se le ocurrió que todo sería más fácil si se le ayudara. Dos personas fuertes –pensaba en su padre y en la criada– serían suficientes; solo tendrían que pasar los brazos por debajo de su abombada espalda, sacarlo de la cama y, agachándose luego con la carga, dejarlo simplemente echado en el suelo, en donde era de esperar que las patitas adquirirían algún sentido. Ahora bien, y prescindiendo de que las puertas estaban cerradas, ¿debía realmente pedir ayuda? A pesar de lo penoso de su situación, no pudo evitar una sonrisa ante ese pensamiento.

Ya había avanzado tanto que apenas podía mantenerse en equilibrio a causa del fuerte balanceo, y, además, ya tenía que

decidirse, pues ya eran las siete y diez; en ese momento llamaron a la puerta de la casa. “Es alguien del negocio”, se dijo Gregorio, y se quedó rígido, mientras las patitas bailaban cada vez más rápido. Por un momento permaneció todo en silencio. “No abren”, se dijo Gregorio, aferrándose a tan insensata esperanza. Pero, como no podía ser de otro modo, la criada fue hasta la puerta con fuertes pisadas y abrió. Gregorio no tuvo más que oír las primeras palabras de saludo del visitante para saber de quién se trataba: era el principal en persona. ¿Por qué estaba Gregorio condenado a trabajar en una firma en la que la más mínima falta despertaba la mayor sospecha? ¿Acaso los empleados, todos en general y cada uno en particular, no eran más que canallas? ¿No podía haber entre ellos algún hombre cumplidor y leal que por perder un par de horas de trabajo por la mañana se enloquecía de remordimientos y precisamente por ello no podía dejar la cama? ¿No bastaba acaso con mandar a un cadete para preguntar, si había que preguntar? ¿Tenía que venir el principal en persona para que toda una inocente familia se enterara de que solo él tenía calidad para investigar tan sospechosa circunstancia? Y más bien a raíz de la sobreexcitación que le causaron estas reflexiones que como resultado de una estricta decisión, Gregorio se arrojó de la cama con todas sus fuerzas. Se oyó un golpe fuerte, pero no estrepitoso. La alfombra amortiguó un poco la caída, y además la espalda resultó más elástica de lo que Gregorio había supuesto, y por esto solo hubo un ruido sordo que no llamó demasiado la atención. Pero no mantuvo la cabeza suficientemente erguida; se hirió, y se frotó la cabeza contra la alfombra, de rabia y de dolor.

“Algo se ha caído ahí dentro”, dijo el principal en la habitación de la izquierda. Gregorio intentó imaginar si acaso no le podría

sucedier al principal algo semejante a lo que le estaba sucediendo a él; habría que admitir propiamente la posibilidad. Pero el principal, como contestando con brusquedad a esta suposición, dio un par de pasos firmes en el cuarto vecino haciendo chirriar sus botas de charol. Desde la habitación contigua de la derecha la hermana susurró, para avisar a Gregorio: “Gregorio, aquí está el principal”. “Ya lo sé”, dijo Gregorio para sus adentros, pero no se atrevió a levantar la voz hasta el punto de hacerse oír por su hermana.

“Gregorio”, dijo por fin el padre desde la habitación contigua de la izquierda, “ha venido el señor principal y pregunta por qué no te marchaste en el primer tren. No sabemos qué debemos decirle. Además quiere hablar contigo personalmente. De modo que haz el favor de abrir la puerta. Él tendrá la bondad de disculpar el desorden del cuarto”. “Buenos días, señor Samsa”, terció entonces amablemente el principal. “No se siente bien”, le dijo la madre al principal, mientras el padre continuaba hablando junto a la puerta, “no se siente bien, créame, señor principal. ¡Si no fuera así, cómo Gregorio iba a perder su tren! El muchacho no tiene otra cosa en la cabeza más que su trabajo. ¡Casi me fastidia que nunca salga de noche! Ahora estuvo ocho días en la ciudad, pero ni una sola noche salió de casa. Se sienta con nosotros a la mesa, y él lee el diario en silencio, o estudia los horarios de los trenes. Su única diversión consiste en trabajos de marquetería. Por ejemplo, en dos o tres noches talló un marquito; usted se asombrará con lo hermoso que es, ahí está colgado, en su habitación; ya lo verá enseguida, cuando Gregorio abra. Por otra parte, celebro que usted esté aquí, señor principal; pues nosotros solos no hubiéramos podido hacer que Gregorio abriera la puerta. ¡Es tan testarudo! Y seguro que no se siente bien, aunque esta mañana dijo lo contrario”. “Voy

enseguida”, dijo lentamente Gregorio, circunspecto e inmóvil para no perder una palabra de la conversación. “De otro modo, señora, no podría explicármelo”, dijo el principal, “esperemos que no sea nada serio. Aunque por otra parte debo decir que nosotros, los comerciantes, desgraciada o afortunadamente, como se quiera, tenemos que superar cualquier simple indisposición a fin de no descuidar los negocios”. “Bueno, ¿puede ya entrar el señor principal?”, preguntó el padre, impaciente y golpeando otra vez la puerta.

“No”, dijo Gregorio. En la habitación contigua de la izquierda se hizo un penoso silencio; en la habitación contigua de la derecha la hermana comenzó a sollozar.

¿Por qué no se iba la hermana con los demás? Seguramente se acababa de levantar y todavía no había comenzado a vestirse. ¿Y por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba para hacer pasar al principal? ¿Porque corría el peligro de perder el puesto y porque el jefe volvería a atormentar a los padres con las viejas deudas? Pero por el momento yacía sobre la alfombra, y nadie que conociera su situación podría exigirle seriamente que hiciera pasar al principal: pero esta pequeña descortesía, que más tarde resultaría perfectamente explicable, no sería causa de un rápido despido de Gregorio. Y a Gregorio le pareció que sería mucho más razonable que lo dejaran ahora tranquilo que molestarlo con lágrimas y exhortaciones. Pero era precisamente la incertidumbre lo que apremiaba a los demás y lo que disculpaba su conducta.

“Señor Samsa”, exclamó por fin el principal alzando la voz, “¿qué pasa? Se atrinchera usted en su habitación, no contesta más que sí o no, preocupa grave e inútilmente a sus padres y, dicho sea de paso, falta a sus obligaciones en el negocio de un modo propiamente inaudito. Le hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe,

y le ruego, seriamente, una explicación inmediata y clara. Estoy asombrado, estoy asombrado. Yo lo tenía a usted por un hombre formal y juicioso, y parece que ahora, de repente, quiere usted comportarse con extraordinario antojo. Por cierto que el jefe me insinuó esta mañana una posible explicación de su falta, se refería a la cobranza que le fue confiada a usted hace poco, pero yo casi empecé mi palabra de honor de que esa explicación no era exacta. Pero ahora que observo su incomprensible obstinación, pierdo las ganas de seguir interesándome por usted. Y su posición no es para nada segura. En un principio, mi intención era decirle todo esto a solas, pero puesto que usted me hace perder mi tiempo no sé por qué no han de enterarse también sus señores padres. En este último tiempo sus servicios han dejado mucho que desear; es cierto que no es esta la mejor época para los negocios, esto lo reconocemos; pero que haya una época en la que no se hagan negocios, esto no puede ser; esto, señor Samsa, es imposible”.

“Pero, señor principal”, gritó Gregorio fuera de sí y olvidó en su excitación todo lo demás, “en un minuto estoy ahí. Un ligero mareo, un malestar, me ha impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ya estoy casi completamente bien. Justo ya me estoy levantando. ¡Un poco de paciencia! Todavía no estoy tan bien como pensaba. Pero ya estoy mejor. ¡Cómo es posible que esto le ocurra a un hombre! Ayer por la noche todavía estaba perfectamente bien, mis padres lo saben, o, mejor, ya ayer por la noche tenía yo un pequeño presentimiento. Tendría que haberlo notado. ¡Por qué no lo habré dicho en el negocio! Pero uno siempre piensa que podrá pasar la enfermedad sin quedarse en casa. ¡Señor principal! ¡Tenga consideración con mis padres! No hay ningún motivo para todos los reproches que usted me está haciendo ahora, nadie me

ha dicho una palabra acerca de eso. Quizá no ha leído usted los últimos pedidos que transmití. Además todavía tomaré el tren de las ocho; estas dos horas de tranquilidad me han fortalecido. No se demore usted más, señor principal; yo mismo estaré enseguida en el negocio. Y tenga usted a bien informar acerca de esto, y dele mis respetos al señor jefe”.

Y mientras espetaba precipitadamente todo esto sin saber casi lo que había dicho, Gregorio, gracias a la ejercitación ya adquirida en la cama, se acercó fácilmente al baúl y trató de enderezarse apoyándose en él. Quería realmente abrir la puerta, dejarse ver y hablar con el principal; estaba ansioso por saber lo que dirían cuando lo vieran esos que ahora lo reclamaban. Si se asustaban, Gregorio no tendría responsabilidad alguna y se quedaría tranquilo. Pero si lo tomaban todo con calma, tampoco él se inquietaría, y si se apuraba, podría estar a las ocho en la estación. Primero se deslizó varias veces por las paredes lisas del baúl, pero finalmente, con un último salto, logró quedar parado; ya no le importaban los dolores en el vientre, aunque le ardía. Se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana y se sostuvo fuertemente del borde con las patitas. Con esto consiguió el dominio de sí mismo y calló para oír lo que decía el principal. “¿Han entendido ustedes una sola palabra?”, preguntó el principal a los padres, “¿no se estará burlando de nosotros?”. “¡Por Dios!”, exclamó llorando la madre, “quizás está muy enfermo y nosotros lo estamos atormentando. ¡Grete! ¡Grete!”, llamó entonces. “¿Qué, madre?”, exclamó la hermana desde el otro lado. Se hablaban a través de la habitación de Gregorio. “Tienes que ir enseguida a buscar al médico. Gregorio está enfermo. Trae al médico. ¿Has oído hablar a Gregorio?”. “Era una voz de animal”, dijo el principal en un tono muy suave comparado

con los gritos de la madre. “¡Anna! ¡Anna!”, llamó el padre a través del vestíbulo hacia la cocina y golpeó las manos. “¡Vaya rápido a buscar a un cerrajero!”. Y ya salían las dos muchachas corriendo por el vestíbulo con rumor de polleras –¿cómo se habría vestido tan rápido la hermana?– y abrieron bruscamente la puerta, como se suele hacer en las casas en que ha ocurrido una gran desgracia.

Pero Gregorio ya estaba mucho más tranquilo. Ciertamente es que sus palabras ya no eran inteligibles, aunque para él eran bastante claras, más claras que antes, acaso porque su oído ya estaba acostumbrado. Pero por lo menos ahora los demás se habían dado cuenta de que algo raro le ocurría, y estaban dispuestos a ayudarlo. La decisión y seguridad con que se habían tomado las primeras disposiciones le cayeron bien. Se sentía incluido otra vez en el ámbito humano y esperaba del médico y del cerrajero, sin distinguirlos claramente, desempeños extraordinarios y sorprendentes. Y a fin de poder intervenir con la voz más clara posible en las conversaciones decisivas que se avecinaban, tosió un poco, intentando hacer el menor ruido posible, puesto que de todos modos ese sonido ya debía de ser otra cosa que una tos humana, lo que él mismo ya no podía diferenciar. En la habitación contigua, mientras tanto, el silencio era total. Quizá los padres y el principal estaban sentados a la mesa cuchicheando, quizás estaban todos junto a la puerta, escuchando.

Gregorio se arrastró lentamente junto con el sillón hacia la puerta; lo soltó al llegar a la puerta; se arrojó contra la puerta manteniéndose así en posición vertical –agarrado por la viscosidad de sus patitas– y descansó allí un momento luego del esfuerzo. Pero después se aplicó a hacer girar con la boca la llave en la cerradura. Por desgracia, no parecía tener propiamente dientes –¿con qué

iba a sostener la llave?—, pero, en cambio, sus mandíbulas eran fuertes, y con ayuda de ellas pudo poner la llave en movimiento, sin reparar en que se estaba provocando daño, pues un líquido oscuro le salió de la boca, resbalando por la llave y cayendo al suelo. “Oigan”, dijo el principal en la habitación contigua, “está girando la llave”. Esto fue un estímulo para Gregorio, pero todos tendrían que haberlo alentado, también el padre y la madre. “¡Vamos, Gregorio!”, tendrían que haberle gritado, “¡sigue, duro con la cerradura!”. Y representándose que todos seguían ansiosos sus esfuerzos, mordió la llave con todas sus fuerzas, casi desfalleciente. Y a medida que la llave giraba en la cerradura, él iba dando vuelta en torno a la cerradura; ahora se sostenía solo con la boca, y, según lo necesario, se agarraba de la llave o la empujaba hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. El sonido metálico de la cerradura, cediendo por fin, despertó completamente a Gregorio. Suspirando con alivio se dijo: “De modo que no he necesitado al cerrajero”, y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir completamente la puerta.

Como tenía que abrir la puerta de ese modo, y aunque la puerta ya estaba bien abierta, él mismo aún no era visible. Primero tuvo que girar lentamente contra una de las hojas de la puerta, y con gran cuidado para no caerse pesadamente de espaldas en la entrada de la habitación. Y todavía estaba ocupado en tan difícil movimiento, sin atender a otra cosa, cuando oyó que el principal profería un prolongado “¡Oh!” —que resonó como el rugido del viento—, y ahora vio que el principal, que estaba junto a la puerta, se tapaba la boca abierta y retrocedía lentamente como llevado por una fuerza invisible, uniformemente constante. La madre —que a pesar de la presencia del principal aún tenía el cabello suelto y despeinado— miró primero al padre juntando las manos, avanzó

luego dos pasos hacia Gregorio, y cayó en medio de sus faldas esparcidas a su alrededor, con el rostro completamente hundido en el pecho. El padre cerró el puño con expresión hostil, como si quisiera empujar a Gregorio hacia el interior de la habitación; luego miró inciertamente la sala, se cubrió los ojos con las manos y lloró de tal modo que su robusto pecho se estremeció.

Gregorio, pues, no entró en la habitación; desde el interior de la suya se apoyó contra la hoja de la puerta que permaneció cerrada, de modo que solo mostraba la mitad del cuerpo y la cabeza inclinada hacia el costado, observando a los presentes. Mientras, había amanecido y en la otra vereda se podía percibir claramente una parte del oscuro, interminable edificio –un hospital–, cuya fachada monótona estaba quebrada por uniformes ventanas. Llovía todavía, pero eran gotas aisladas, grandes, que caían una por una al suelo. Sobre la mesa había abundante vajilla del desayuno, porque para el padre el desayuno era la comida más importante del día y él la prolongaba durante horas con la lectura de varios diarios. Justo en la pared de enfrente colgaba una foto de Gregorio en la época de su servicio militar, representado como teniente, la mano sobre la espada, sonriendo despreocupadamente, y exigiendo respeto por su actitud y su uniforme. La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta, y también estaba abierta la puerta de entrada, de modo que también se veía el comienzo de la escalera que llevaba hacia abajo.

“Bueno”, dijo Gregorio, bien consciente de que era el único que había conservado la calma, “enseguida me vestiré, recogeré el muestrario y saldré de viaje. ¿Me permitirá usted, me permitirá usted salir de viaje? Bien, señor principal, ya ve usted que no soy terco y que trabajo a gusto; el viajar es cansador, pero yo no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor principal? ¿Al negocio?

¿Sí? ¿Lo contará usted todo tal como ha sucedido? Puede uno tener un momento de incapacidad en el trabajo, pero ahí es precisamente cuando hay que recordar las prestaciones anteriores y pensar que, una vez pasado el inconveniente, trabajaré por cierto con más diligencia y concentración. Yo, como usted bien lo sabe, tengo muchas obligaciones con el señor jefe. Por otra parte debo atender a mis padres y a mi hermana. Estoy en un aprieto, pero ya volveré a trabajar. No me lo haga usted más difícil de lo que ya es. ¡Póngase de mi parte! Ya sé que no se los quiere a los viajantes. Se piensa que ganan un dineral y que además se dan la gran vida. No hay ninguna razón especial para que se revise ese prejuicio. Pero usted, señor principal, tiene que hacerse una perspectiva sobre las circunstancias mejor que la del resto del personal, sí, dicho entre nosotros, incluso mejor que la del propio jefe, el cual, en su calidad de empresario, se puede equivocar fácilmente en sus pareceres acerca de un empleado. Usted sabe muy bien que el viajante, como está casi todo el año afuera, es fácil presa de murmuraciones, coincidencias y quejas infundadas, contra las que le es imposible defenderse, ya que la mayoría de las veces no está enterado de ellas, y únicamente al volver agotado de un viaje siente en carne propia las terribles consecuencias cuyas causas ignora. ¡Señor principal, no se vaya usted sin decirme algo que me muestre que usted me da la razón, al menos en una pequeña parte!”.

Pero el principal, ya desde las primeras palabras de Gregorio, había dado media vuelta y solo lo miraba a aquel por encima del hombro con un gesto de asco en los labios. Y mientras Gregorio hablaba, no estuvo un momento quieto, sino que fue acercándose a la puerta, sin dejar de mirar a Gregorio, lentamente, como si hubiera una secreta prohibición de abandonar la habitación. Ya

estaba en el vestíbulo, y por lo brusco del paso final con que salió de la habitación, se creería que acababa de pisar fuego. Pero ya en el vestíbulo tendió la mano derecha hacia la escalera, como si allí esperara una salvación celestial.

Gregorio comprendió que no debía de ningún modo dejar que el principal se marchara en ese estado de ánimo, si no quería correr el riesgo de perder su puesto en el negocio. Los padres no comprendían bien esto; con los años se habían formado la convicción de que Gregorio estaba asegurado de por vida en ese negocio; y además estaban tan ocupados con esta nueva ansiedad que habían renunciado a toda previsión. Pero Gregorio tenía esa previsión. El principal debía ser retenido, tranquilizado, convencido, y finalmente conquistado; ¡el futuro de Gregorio y de su familia dependía de ello! ¡Si por lo menos estuviera ahí la hermana! Ella era astuta, había llorado cuando Gregorio todavía yacía tranquilamente de espaldas. Y ciertamente el principal, este galanteador de mujeres, se habría dejado manejar por ella; ella habría cerrado la puerta de entrada y le habría quitado el susto en el vestíbulo. Pero la hermana no estaba, y Gregorio tenía que arreglárselas solo. Y sin pensar que todavía no conocía sus actuales facultades de movimiento, sin reparar en que su habla posiblemente tampoco ahora había sido entendida, abandonó la hoja de la puerta y se arrastró por la abertura –quería avanzar hacia el principal, que estaba ridículamente agarrado con las dos manos de la baranda de la escalera–, pero cayó de inmediato, con un pequeño grito, sobre sus patitas, al no tener apoyo alguno. Al instante sintió, por primera vez esa mañana, un bienestar corporal; las patitas se apoyaban en suelo firme y lo obedecían perfectamente. Lo notó con alegría, y también que las patitas se esforzaban incluso por llevarlo donde quisiera,

y Gregorio ya creía en la inmediata terminación de todos sus sufrimientos. Pero en el mismo instante en que se balanceaba con movimiento contenido en el piso, no lejos de su madre, esta, que parecía tan ensimismada, dio un salto repentino, extendió los brazos separando los dedos y gritó: “¡Socorro, por amor de Dios, socorro!”. Inclina la cabeza como para observar mejor a Gregorio, pero de repente, por el contrario, retrocedió como enloquecida; había olvidado que detrás de ella estaba la mesa tendida; cuando se topó con la mesa se sentó encima, como distraída, y sin darse cuenta de que el café chorreaba de la cafetera volcada y se derramaba sobre la alfombra.

“Madre, madre”, murmuró Gregorio, y la miró de abajo arriba. Por un momento se olvidó del principal, y no pudo menos, al ver el café, que abrir y cerrar varias veces las mandíbulas en el vacío. Ante esto la madre volvió a gritar, huyó de la mesa y se arrojó en los brazos del padre que iba a su encuentro. Pero Gregorio no tenía tiempo ahora para sus padres. El principal estaba ya en la escalera; con el mentón sobre la baranda miró de nuevo hacia atrás por última vez. Gregorio tomó impulso para alcanzarlo con la mayor seguridad posible. El principal debió de adivinar algo, porque saltó de una vez varios escalones y desapareció; pero lanzó aún un “¡Uh!”, que se oyó en toda la escalera.

Lamentablemente, esta huida del principal pareció desconcertar del todo al padre, que hasta ahora había estado relativamente sereno, pues en lugar de perseguir él mismo al principal o, al menos, no obstaculizar a Gregorio en su persecución, agarró con la mano derecha el bastón del principal, que aquel había dejado sobre la silla junto con el sombrero y el sobretodo, tomó con la mano izquierda un gran diario que había sobre la mesa y, dando

patadas en el suelo, comenzó a hacer retroceder a Gregorio a su habitación, blandiendo el bastón y el diario. De nada sirvieron los ruegos de Gregorio, tampoco fueron entendidos, y por mucho que girase humildemente la cabeza, el padre pataleaba aún con más fuerza. Al otro lado, la madre había abierto de par en par una ventana, a pesar del viento frío, e inclinada hacia fuera se cubría el rostro con las manos. Entre la calle y la escalera se estableció una fuerte corriente de aire, las cortinas de las ventanas volaban, se agitaban los diarios de encima de la mesa, las hojas sueltas revoloteaban por el suelo. El padre lo acosaba implacablemente y daba silbidos como un loco. Pero Gregorio todavía no tenía mucha práctica en andar hacia atrás, andaba realmente muy despacio. Si Gregorio hubiese podido darse la vuelta, enseguida habría entrado en su habitación, pero tenía miedo de impacientar al padre con su lentitud al darse la vuelta, y a cada instante estaba la amenaza del golpe mortal del bastón en la espalda o en la cabeza. Finalmente no le quedó a Gregorio otra solución, pues advirtió con angustia que andando hacia atrás ni siquiera era capaz de mantener la dirección; y así, mirando con temor constantemente de reojo, comenzó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible, pero, en realidad, con una gran lentitud. Quizás advirtió el padre su buena voluntad, porque no solo no lo obstaculizó en su empeño sino que, con la punta del bastón, lo dirigía de vez en cuando, desde lejos, en su movimiento giratorio. ¡Si no hubiese sido por ese insopor-table silbido del padre! Por su culpa Gregorio perdió la cabeza por completo. Ya casi se había dado la vuelta del todo cuando, siempre oyendo ese silbido, incluso se equivocó y retrocedió un poco en su vuelta. Pero cuando por fin, feliz, tenía ya la cabeza ante la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar

por ella sin más. Naturalmente, al padre, en su actual estado de ánimo, ni siquiera se le ocurrió en lo más remoto abrir la otra hoja de la puerta para ofrecer a Gregorio espacio suficiente. Su idea fija consistía solamente en que Gregorio tenía que entrar en su habitación lo más rápidamente posible; tampoco habría permitido jamás los complicados preparativos que necesitaba Gregorio para incorporarse y, de este modo, atravesar la puerta. Es más, empujaba hacia delante a Gregorio con mayor ruido aún, como si no existiera obstáculo alguno. Ya no sonaba detrás de Gregorio como si fuese solo la voz de un padre; ahora ya no había que andarse con bromas, y Gregorio se empotró en la puerta, pasase lo que pasase. Uno de los costados se levantó, ahora estaba atravesado en el hueco de la puerta, su costado estaba herido por completo, en la puerta quedaron marcadas unas manchas desagradables, pronto se quedó atascado y solo no habría podido moverse; las patitas de un costado estaban colgadas en el aire, y temblaban, las del otro lado permanecían aplastadas dolorosamente contra el suelo. Entonces, el padre le dio por detrás un fuerte empujón que, en esa situación, le produjo un auténtico alivio, y Gregorio penetró profundamente en su habitación, sangrando con intensidad. La puerta fue cerrada con el bastón y luego, por fin, se hizo el silencio.

2.

Hasta la caída de la tarde no se despertó Gregorio de su profundo sueño, semejante a una pérdida de conocimiento. Seguramente no se habría despertado mucho más tarde, aun sin ser molestado, porque se sentía suficientemente repuesto y descansado; sin embargo, le parecía como si lo hubiesen despertado unos pasos

fugaces y el ruido de la puerta que daba al vestíbulo al ser cerrada con cuidado. El resplandor de los faroles eléctricos de la calle se reflejaba pálidamente aquí y allá en el techo de la habitación y en la parte alta de los muebles, pero abajo, donde se encontraba Gregorio, estaba oscuro. Tanteando todavía torpemente con sus antenas, que ahora aprendía a valorar, se deslizó lentamente hacia la puerta para ver lo que había ocurrido allí. Su costado izquierdo parecía una única y larga cicatriz que le daba desagradables tirones y lo obligaba realmente a cojear con sus dos filas de patas. Por cierto, una de las patitas había resultado gravemente herida durante los incidentes de la mañana –casi parecía un milagro que solo una hubiese resultado herida–, y se arrastraba sin vida.

Solo cuando ya había llegado a la puerta advirtió que lo que lo había atraído hacia ella había sido el olor a algo comestible, allí había un tazón lleno de leche dulce en la que nadaban trozos de pan. Estuvo a punto de llorar de alegría porque ahora tenía aún más hambre que por la mañana; inmediatamente introdujo la cabeza dentro de la leche casi hasta por encima de los ojos. Pero pronto volvió a sacarla con desilusión, no solo comer le resultaba difícil debido a su delicado costado izquierdo –solo podía comer si todo su cuerpo cooperaba jadeando–, sino que, además, la leche, que siempre había sido su bebida favorita, y que seguramente por eso se la había traído su hermana, ya no le gustaba, es más, se retiró casi con repugnancia del tazón y retrocedió a rastras hacia el centro de la habitación. En el comedor, por lo que veía Gregorio a través de la rendija de la puerta, estaba encendido el gas, pero mientras que, como era habitual a esas horas del día, el padre solía leerle en voz alta a la madre, y a veces también a la hermana, el diario vespertino, ahora no se oía ruido alguno. Bueno, quizás esta costumbre de leer

en voz alta, tal como le contaba y le escribía siempre su hermana, se había perdido del todo en los últimos tiempos. Pero todo a su alrededor permanecía en silencio, a pesar de que, sin duda, el piso no estaba vacío. “¿Qué vida tan apacible lleva la familia!”, se dijo Gregorio, y, mientras miraba fijamente la oscuridad que reinaba ante él, se sintió muy orgulloso de haber podido proporcionarles a sus padres y a su hermana la vida que llevaban en una vivienda tan hermosa. Pero ¿qué ocurriría si toda la tranquilidad, todo el bienestar, toda la satisfacción, llegasen ahora a un terrible final? Para no perderse en tales pensamientos, prefirió Gregorio ponerse en movimiento y arrastrarse de acá para allá por la habitación.

En una ocasión, durante el largo anochecer, se abrió una pequeña rendija una vez en una puerta lateral y otra vez en la otra, y ambas se volvieron a cerrar rápidamente; probablemente alguien tenía necesidad de entrar, pero, al mismo tiempo, sentía demasiada vacilación. Entonces Gregorio se paró justamente delante de la puerta del comedor, decidido a hacer entrar de alguna manera al indeciso visitante, o, al menos, para saber de quién se trataba; pero la puerta ya no se abrió más y Gregorio esperó en vano. Por la mañana temprano, cuando todas las puertas estaban bajo llave, todos querían entrar en su habitación; ahora que había abierto una puerta, y las demás habían sido abiertas sin duda durante el día, no vino nadie, y además ahora las llaves estaban metidas en las cerraduras desde afuera.

Muy tarde, ya de noche, se apagó la luz en el comedor y entonces fue fácil comprobar que los padres y la hermana habían permanecido despiertos todo ese tiempo, porque tal y como se podía oír perfectamente, se retiraban de puntillas los tres juntos en ese momento. Así, pues, seguramente hasta la mañana no en-

traría nadie más en la habitación de Gregorio; disponía de mucho tiempo para pensar, sin que nadie lo molestase, sobre cómo debía organizar de nuevo su vida. Pero la habitación de techos altos y que daba la impresión de estar vacía, en la cual estaba obligado a permanecer tumbado en el suelo, lo asustaba sin que pudiera descubrir cuál era la causa, puesto que era la habitación que ocupaba desde hacía cinco años, y con un giro medio inconsciente y no sin una cierta vergüenza, se apresuró a meterse bajo el sofá, en donde, a pesar de que su caparazón estaba algo estrujado, se sintió pronto muy cómodo y solo lamentó que su cuerpo fuera demasiado ancho para poder desaparecer por completo debajo del sofá. Allí permaneció durante toda la noche, que pasó, en parte, inmerso en un semisueño del que una y otra vez lo despertaba el hambre con un sobresalto, y, en parte, entre preocupaciones y confusas esperanzas que lo llevaban a la conclusión de que, por el momento, debía comportarse con calma, y de que con la ayuda de una gran paciencia y de una gran consideración por parte de su familia tendría que hacer soportables las molestias que en ese estado actual no podía evitar producirle.

Ya muy temprano –era todavía casi de noche–, tuvo Gregorio la oportunidad de poner a prueba las decisiones que acababa de tomar, porque la hermana, casi vestida del todo, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró con expectación hacia dentro. No lo encontró enseguida, pero cuando lo descubrió debajo del sofá –¡Dios mío!, tenía que estar en alguna parte, no podía haber volado– se asustó tanto que, sin poder dominarse, volvió a cerrar la puerta desde fuera. Pero como si se arrepintiese de su comportamiento, inmediatamente la abrió de nuevo y entró de puntillas, como si se tratase de un enfermo grave o de un extraño. Gregorio había

adelantado la cabeza casi hasta el borde del sofá y la observaba. ¿Se daría cuenta de que se había dejado la leche, y no por falta de hambre, y le traería otra comida más adecuada? Si no caía en la cuenta por sí misma, Gregorio prefería morir de hambre antes que llamarle la atención sobre esto, a pesar de que sentía unos enormes deseos de salir de debajo del sofá, arrojarse a los pies de la hermana y rogarle que le trajera algo bueno de comer. Pero la hermana reparó con sorpresa en el tazón lleno, a cuyo alrededor se había vertido un poco de leche, y lo levantó del suelo, cierto que no lo hizo directamente con las manos, sino con un trapo, y se lo llevó. Gregorio tenía mucha curiosidad por saber lo que le traería en su lugar, e hizo al respecto las más diversas conjeturas. Pero nunca habría podido adivinar lo que la bondad de la hermana iba realmente a hacer. Para poner a prueba su gusto, le trajo muchas cosas para que eligiera, todas ellas extendidas sobre un viejo diario. Había verduras pasadas medio podridas, huesos de la cena rodeados de una salsa blanca que se había ya endurecido, algunas pasas de uva y almendras, un queso que, hacía dos días, Gregorio había calificado de incomible, un trozo de pan untado con manteca y sal. Además añadió a todo esto el tazón, que a partir de ahora probablemente estaba destinado a Gregorio, en el cual había echado agua. Y por delicadeza, como sabía que Gregorio nunca comería delante de ella, se retiró rápidamente e incluso echó la llave, para que Gregorio se diese cuenta de que podía ponerse todo lo cómodo que deseara. Las patitas de Gregorio zumbaban cuando se acercaba el momento de comer. Por cierto, sus heridas ya debían de estar curadas del todo, ya que no notaba molestia alguna; se asombró y pensó en cómo, hacía más de un mes, se había cortado un poco un dedo y esa herida, todavía anteayer, le

dolía bastante. “¿Tendré ahora menos sensibilidad?”, pensó, y ya chupaba con voracidad el queso, que fue lo que más fuertemente y de inmediato lo atrajo de todo. Sucesivamente, a toda velocidad y con los ojos llenos de lágrimas de alegría, devoró el queso, las verduras y la salsa; los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía soportar su olor, e incluso alejó un poco las cosas que no quería comer. Ya hacía tiempo que había terminado y permanecía tumbado perezosamente en el mismo sitio, cuando la hermana, como señal de que debía retirarse, giró lentamente la llave.

Esto lo asustó, a pesar de que ya dormitaba, y se apresuró a esconderse bajo el sofá aun en el breve tiempo en el que la hermana estuvo en la habitación, porque, a causa de la abundante comida, el vientre se había redondeado un poco y apenas podía respirar en el reducido espacio. Entre pequeños ataques de asfixia veía con ojos un poco saltones cómo la hermana, que nada imaginaba de esto, no solamente barría con su escoba los restos, sino también los alimentos que Gregorio ni siquiera había tocado, como si estos ya no se pudiesen usar, y cómo lo tiraba todo precipitadamente a un balde, que cerró con una tapa de madera, después de lo cual se lo llevó todo. Apenas se había dado la vuelta, cuando Gregorio salía ya de debajo del sofá, se estiraba y se inflaba.

De esta forma recibía Gregorio su comida diaria una vez por la mañana, cuando los padres y la criada todavía dormían, y la segunda vez después de la comida del mediodía, porque entonces los padres dormían un ratito y la hermana mandaba a la criada a algún recado. Sin duda los padres no querían que Gregorio se muriese de hambre, pero quizá no habrían podido soportar enterarse de sus costumbres alimenticias más de lo que de ellas les dijera la

hermana; quizá la hermana quería ahorrarles una pequeña pena porque, de hecho, ya sufrían bastante.

Gregorio no pudo enterarse de las excusas con las que el médico y el cerrajero habían sido despedidos de la casa en aquella primera mañana, puesto que, como no podían entenderlo, nadie, ni siquiera la hermana, pensaba que él pudiera entender a los demás; y así, cuando la hermana estaba en su habitación, tenía que conformarse con escuchar de vez en cuando sus suspiros y sus invocaciones a los santos. Solo más tarde, cuando ya se había acostumbrado un poco a todo –naturalmente nunca podría pensarse en que se acostumbrase del todo–, oía a veces Gregorio una observación hecha amablemente o que así podía interpretarse: “Hoy sí que le ha gustado”, decía, cuando Gregorio había comido con abundancia, mientras que, en el caso contrario, que poco a poco se repetía con más frecuencia, solía decir casi con tristeza: “Hoy ha dejado todo”.

Si bien Gregorio no se enteraba de novedad alguna de forma directa, escuchaba algunas cosas procedentes de las habitaciones contiguas, y allí donde escuchaba voces corría enseguida hacia la puerta correspondiente, y se estrujaba con todo su cuerpo contra ella. Especialmente en los primeros tiempos no había ninguna conversación que de alguna manera, aunque solo en secreto, no tratase sobre él. A lo largo de dos días se escucharon durante las comidas discusiones sobre cómo se debían comportar ahora; pero también entre las comidas se hablaba del mismo tema, porque siempre había en la casa al menos dos miembros de la familia, ya que seguramente nadie quería quedarse solo en la casa, y tampoco podían dejar de ningún modo la casa sola. Incluso ya el primer día la cocinera (no estaba del todo claro qué y cuánto sabía de lo ocurrido) había pedido de rodillas a la madre que la despidiese

inmediatamente, y cuando, un cuarto de hora después, se marchaba con lágrimas en los ojos, daba gracias por el despido como por el favor más grande que se le pudiese hacer, y sin que nadie se lo pidiese hizo un solemne juramento de no decir nada a nadie.

Ahora la hermana, junto con la madre, tenía que cocinar, si bien esto no ocasionaba trabajo porque apenas se comía nada. Una y otra vez escuchaba Gregorio cómo uno animaba en vano al otro a que comiese y no recibía más contestación que “Gracias, tengo bastante”, o algo parecido. Quizá tampoco se bebía nada. A veces la hermana le preguntaba al padre si quería tomar una cerveza, y se ofrecía amablemente a ir ella misma a buscarla, y como el padre permanecía en silencio, añadía, para que él no tuviese reparos, que también podía mandar a la portera, pero entonces el padre respondía, por fin, con un poderoso “no”, y ya no se hablaba más del asunto.

Ya en el transcurso del primer día el padre les explicó tanto a la madre como a la hermana toda la situación económica y las perspectivas. De vez en cuando se levantaba de la mesa y recogía de la pequeña caja de caudales, que lo había salvado de la quiebra de su negocio ocurrida hacía cinco años, algún documento o libro de anotaciones. Se oía cómo abría el complicado cerrojo y lo volvía a cerrar después de sacar lo que buscaba. Estas explicaciones del padre eran, en parte, la primera cosa grata que Gregorio oía desde su encierro. Gregorio había creído que al padre no le había quedado nada de aquel negocio, al menos el padre no le había dicho nada en sentido contrario, y, por otra parte, tampoco Gregorio le había preguntado. En aquel entonces la preocupación de Gregorio había sido hacer todo lo posible para que la familia olvidase rápidamente el desastre comercial que los había sumido a todos en

la más completa desesperación, y así había entonces comenzado a trabajar con un ardor muy especial y, casi de la noche a la mañana, había pasado a ser de un simple dependiente a ser un viajante que, naturalmente, tenía otras muchas posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales, en forma de comisiones, se convierten inmediatamente en dinero efectivo, que se podía poner sobre la mesa en casa ante la familia asombrada y feliz. Habían sido buenos tiempos y después nunca se habían repetido, al menos con ese esplendor, a pesar de que Gregorio, después, ganaba tanto dinero que estaba en situación de cargar con todos los gastos de la familia, y así lo hacía. Se habían acostumbrado a esto tanto la familia como Gregorio, se aceptaba el dinero con agradecimiento, él lo entregaba con gusto, pero ya no emanaba de ello un calor especial. Solamente la hermana había permanecido unida a Gregorio, y su intención secreta consistía en mandarla el año próximo al conservatorio sin tener en cuenta los grandes gastos que ello traería consigo y que se compensarían de alguna forma, porque ella, al contrario que Gregorio, sentía un gran amor por la música y tocaba el violín de una forma conmovedora. Con frecuencia, durante las breves estadias de Gregorio en la ciudad, se mencionaba el conservatorio en las conversaciones con la hermana, pero solo como un hermoso sueño en cuya realización no podía ni pensarse, y a los padres ni siquiera les gustaba escuchar esas inocentes alusiones; pero Gregorio pensaba decididamente en ello y tenía la intención de darlo a conocer solemnemente en Nochebuena.

Este tipo de pensamientos, completamente inútiles en su estado actual, eran los que le pasaban por la cabeza mientras permanecía allí pegado a la puerta y escuchaba. A veces ya no podía escuchar más de puro cansancio y, en un descuido, se golpeaba la cabeza

contra la puerta, pero inmediatamente volvía a levantarla, porque incluso el pequeño ruido que había producido con ello había sido escuchado al lado y había hecho enmudecer a todos. “¿Qué es lo que hará?”, decía el padre pasados unos momentos y dirigiéndose directamente a la puerta; después se reanudaba poco a poco la conversación que había sido interrumpida.

De este modo Gregorio se enteró muy bien –el padre solía repetir con frecuencia sus explicaciones, en parte porque él mismo ya hacía tiempo que no se ocupaba de estas cosas, y, en parte también, porque la madre no entendía todo de entrada– de que, a pesar de la desgracia, todavía quedaba una pequeña fortuna, que los intereses, aún intactos, habían hecho aumentar un poco más durante todo este tiempo. Además, el dinero que Gregorio había traído todos los meses a casa –él solo había guardado para sí una pequeña cantidad– no se había gastado del todo y se había convertido en un pequeño capital. Gregorio, detrás de la puerta, asentía entusiasmado, contento por la inesperada previsión y ahorro. La verdad es que con ese dinero sobrante Gregorio podía haber ido liquidando la deuda que tenía el padre con el jefe, y el día en que, por fin, hubiese podido abandonar ese trabajo habría estado más cercano; pero ahora era sin duda mucho mejor así, tal y como lo había organizado el padre.

Sin embargo, ese dinero no era del todo suficiente como para que la familia pudiese vivir de rentas; bastaba quizá para mantener a la familia un año, como mucho dos; más era imposible. Así pues, se trataba de una suma de dinero que, en realidad, no podía tocarse, y que debía ser reservada para un caso de necesidad, pero el dinero para vivir había que ganarlo. Ahora bien, el padre era ciertamente un hombre sano, pero ya viejo, que desde hacía cinco

años no trabajaba y que, en todo caso, no debía confiar mucho en sus fuerzas; durante estos cinco años, que habían sido las primeras vacaciones de su esforzada y, sin embargo, infructuosa existencia, había engordado mucho, y por ello se había vuelto muy torpe. ¿Y la anciana madre? ¿Tenía ahora que ganar dinero, ella que padecía de asma, a quien un paseo por el piso le producía fatiga, y que pasaba uno de cada dos días con dificultades respiratorias, tumbada en el sofá con la ventana abierta? ¿Y la hermana también tenía que ganar dinero, ella que todavía era una criatura de diecisiete años, a quien uno se alegraba de poder proporcionar la forma de vida que había llevado hasta ahora, y que consistía en vestirse bien, dormir mucho, ayudar en la casa, participar en algunas diversiones modestas y, sobre todo, tocar el violín? Cuando se empezaba a hablar de la necesidad de ganar dinero, Gregorio acababa por dejar la puerta y arrojarle sobre el fresco sofá de cuero, que estaba junto a la puerta, porque se ponía rojo de vergüenza y de tristeza.

A veces permanecía allí tumbado durante toda la noche, no dormía ni un momento, y se restregaba durante horas sobre el cuero. O bien no retrocedía ante el gran esfuerzo de empujar una silla hasta la ventana, treparse a continuación hasta el antepecho y, subido a la silla, apoyarse en la ventana y mirar a través de ella, sin duda como recuerdo de lo libre que se había sentido siempre que anteriormente había estado apoyado allí. Porque, efectivamente, de día en día, veía cada vez con menos claridad las cosas que ni siquiera estaban muy alejadas: ya no podía ver el hospital de enfrente, cuya visión constante antes había maldecido, y si no hubiese sabido muy bien que vivía en la tranquila pero central Charlottenstrasse, podría haber creído que veía desde su ventana un desierto en el que el cielo gris y la gris tierra se unían sin poder

distinguirse uno de otra. Solo dos veces había sido necesario que su atenta hermana viese que la silla estaba bajo la ventana para que, a partir de entonces, después de haber ordenado la habitación, la colocase siempre bajo aquella, e incluso dejase abierta una de las hojas de la ventana.

Si Gregorio hubiese podido hablar con la hermana y darle las gracias por todo lo que tenía que hacer por él, habría soportado mejor sus servicios, pero de esta forma sufría con ellos. Ciertamente, la hermana intentaba hacer más llevadero lo desagradable de la situación, y, naturalmente, cuanto más tiempo pasaba, tanto más fácil le resultaba conseguirlo, pero también Gregorio adquirió con el tiempo una visión de conjunto más exacta. Y el solo hecho de que la hermana entrase le parecía terrible. Apenas entraba, sin tomarse el tiempo necesario para cerrar la puerta –y eso que siempre ponía mucha atención en ahorrarles a todos el espectáculo que ofrecía la habitación de Gregorio– corría derecho hacia la ventana y la abría de par en par, con manos presurosas, como si se asfixiase, y, aunque hiciera mucho frío, permanecía durante algunos momentos ante ella y respiraba frecuentemente. Estas carreras y ruidos asustaban a Gregorio dos veces al día; durante todo ese tiempo temblaba abajo del sofá, y sabía muy bien que ella le habría evitado con gusto todo esto, si le hubiese sido posible permanecer con la ventana cerrada en la habitación en la que se encontraba Gregorio.

Una vez –hacía aproximadamente un mes de la metamorfosis de Gregorio y el aspecto de este ya no era para la hermana motivo especial de asombro– llegó un poco antes de lo previsto y encontró a Gregorio cuando miraba por la ventana, inmóvil y realmente colocado para asustar. Para Gregorio no habría sido inesperado

si ella no hubiese entrado, ya que él, con su posición, impedía que ella pudiese abrir de inmediato la ventana, pero ella no solamente no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta; un extraño habría podido pensar que Gregorio la había acechado y había querido morderla. Gregorio, naturalmente, se escondió enseguida bajo el sofá, pero tuvo que esperar hasta el mediodía antes de que la hermana volviese de nuevo, y además parecía mucho más intranquila que de costumbre. Gregorio sacó la conclusión de que su aspecto todavía le resultaba insoportable y continuaría pareciéndoselo, y que ella tenía que dominarse a sí misma para no salir corriendo al ver incluso la pequeña parte de su cuerpo que sobresalía del sofá. Para ahorrarle también ese espectáculo, transportó un día sobre la espalda –para ello necesitó cuatro horas– la sábana encima del sofá, y la colocó de tal forma que él quedaba tapado del todo, y la hermana, incluso si se agachaba, no podía verlo. Si, en opinión de la hermana, esa sábana no hubiera sido necesaria, podría haberla retirado, porque estaba suficientemente claro que Gregorio no se aislaba por gusto, pero dejó la sábana tal como estaba, e incluso Gregorio creyó adivinar una mirada de gratitud cuando, con cuidado, levantó la cabeza un poco para ver cómo acogía la hermana la nueva disposición.

Durante los primeros catorce días, los padres no consiguieron decidirse a entrar en su habitación, y Gregorio escuchaba con frecuencia cómo ahora reconocían el trabajo de la hermana, a pesar de que muchas veces, anteriormente, se habían enfadado con ella, porque les parecía una chica un poco inútil. Pero ahora, a veces, ambos, el padre y la madre, esperaban ante la habitación de Gregorio mientras la hermana ponía orden y, apenas había salido, tenía que contar con todo detalle qué aspecto tenía la habitación,

lo que había comido Gregorio, cómo se había comportado esta vez y si, quizá, se advertía una pequeña mejoría. Por cierto, la madre quiso entrar a ver a Gregorio relativamente pronto, pero el padre y la hermana se lo impidieron, al principio con argumentos racionales, que Gregorio escuchaba con mucha atención, y con los que estaba muy de acuerdo, pero más tarde hubo que impedirselo por la fuerza, y si gritaba “¡Déjenme entrar a ver a Gregorio, pobre hijo mío! ¿Es que no comprenden que tengo que entrar a verlo?”, entonces Gregorio pensaba que quizá sería bueno que la madre entrara, naturalmente no todos los días, pero sí una vez a la semana; ella comprendía todo mejor que la hermana, que, a pesar de todo su valor, no era más que una niña, y, en última instancia, quizá solo se había hecho cargo de una tarea tan difícil por irreflexión infantil.

El deseo de Gregorio de ver a la madre pronto se convirtió en realidad. Durante el día Gregorio no quería mostrarse por la ventana, por consideración a sus padres, pero tampoco podía arrastrarse demasiado por los pocos metros cuadrados del suelo; ya soportaba con dificultad estar tumbado tranquilamente durante la noche, ya ni siquiera la comida le producía alegría alguna, y así, para distraerse, adoptó la costumbre de arrastrarse en todas direcciones por las paredes y el techo. Le gustaba especialmente permanecer colgado del techo; era algo muy distinto de estar tumbado en el suelo; se respiraba con más libertad; un ligero balanceo le atravesaba el cuerpo; y sumido en la casi feliz distracción en la que se encontraba allí arriba, podía ocurrir que, para su sorpresa, se dejase caer y se golpease contra el suelo. Pero ahora, naturalmente, dominaba su cuerpo de una forma muy distinta de como lo había hecho antes y no se hacía daño, incluso después de semejante caída. La hermana se dio cuenta inmediatamente

de la nueva diversión que Gregorio había descubierto –dejaba tras de sí, al arrastrarse por todas partes, huellas de su sustancia pegajosa–, y entonces se le metió en la cabeza proporcionarle la posibilidad de arrastrarse a gran escala y sacar de allí los muebles que lo impedían, es decir, sobre todo el armario y el escritorio; ella no era capaz de hacerlo sola; tampoco se atrevía a pedirle ayuda al padre; la criada no la habría ayudado seguramente, porque esa chica, de unos dieciséis años, resistía ciertamente con valor desde que se despidió la cocinera anterior, pero había pedido el favor de poder mantener la cocina constantemente cerrada y abría solamente a una señal determinada. Así pues, no le quedó a la hermana más remedio que valerse de la madre, una vez que estaba el padre ausente. Con exclamaciones de excitada alegría se acercó la madre, pero enmudeció ante la puerta de la habitación de Gregorio. Primero, la hermana se aseguró de que todo en la habitación estuviera en orden, después dejó entrar a la madre. Gregorio se había apresurado a colocar la sábana aún más abajo y con más pliegues, de modo que, de verdad, tenía el aspecto de una sábana lanzada casualmente sobre el sofá. Gregorio se abstuvo esta vez de espiar por debajo de la sábana; renunció a ver esta vez a la madre y se contentaba solo con que hubiese venido. “Vamos, acércate, no se lo ve”, dijo la hermana, y, sin duda, llevaba a la madre de la mano. Gregorio oyó entonces cómo las dos débiles mujeres movían de su sitio el pesado y viejo armario, y cómo la hermana se cargaba la mayor parte del trabajo, sin escuchar las advertencias de la madre que temía que se esforzase demasiado. Duró mucho tiempo. Aproximadamente después de un cuarto de hora de trabajo dijo la madre que deberían dejar ahí el armario, porque, en primer lugar, era demasiado pesado y no acabarían

antes de que regresara el padre, y con el armario en medio de la habitación le bloqueaban a Gregorio cualquier camino, y, en segundo lugar, no era del todo seguro que se le hiciera a Gregorio un favor con retirar los muebles. A ella le parecía precisamente lo contrario, la vista de las paredes desnudas le oprimía el corazón, y por qué no iba a sentir Gregorio lo mismo, puesto que ya hacía tiempo que estaba acostumbrado a los muebles de la habitación y por eso se sentiría abandonado en la habitación vacía. “Y es que acaso no...”, finalizó la madre en voz baja, aunque ella hablaba casi siempre susurrando, como si quisiera evitar que Gregorio, cuyo escondite exacto ella ignoraba, escuchase siquiera el sonido de su voz, porque ella estaba convencida de que él no entendía las palabras. “¿Y es que acaso no parece que retirando los muebles le mostramos que perdemos toda esperanza de mejoría y lo abandonamos a su suerte sin consideración alguna? Yo creo que lo mejor sería que intentásemos conservar la habitación en el mismo estado en que se encontraba antes, para que Gregorio, cuando regrese de nuevo con nosotros, encuentre todo tal como estaba y pueda olvidar más fácilmente este paréntesis”.

Al escuchar estas palabras de la madre, Gregorio reconoció que la falta de toda conversación inmediata con un ser humano, junto con la vida monótona en el seno de la familia, tenía que haber confundido sus facultades mentales a lo largo de estos dos meses, porque de otro modo no se podía explicar que hubiese podido desear seriamente que se vaciara su habitación. ¿Deseaba realmente permitir que transformaran la cálida habitación amueblada confortablemente, con muebles heredados de su familia, en una cueva en la que, efectivamente, podría arrastrarse en todas direcciones sin obstáculo alguno, teniendo, sin embargo, como contrapartida,

el olvidarse al mismo tiempo, rápidamente y por completo, de su pasado humano? Ya se encontraba a punto de olvidar y solamente lo había animado la voz de su madre, que no había oído desde hacía tiempo. Nada debía retirarse, todo debía quedar como estaba, no podía prescindir en su estado de la benéfica influencia de los muebles, y si los muebles le impedían arrastrarse sin sentido de un lado para otro, no se trataba de un perjuicio, sino de una ventaja.

Pero la hermana era, lamentablemente, de otra opinión; no sin cierto derecho, se había acostumbrado a aparecer frente a los padres como experta al discutir sobre asuntos concernientes a Gregorio, y de esta forma el consejo de la madre era para la hermana motivo suficiente para retirar no solo el armario y el escritorio, como había pensado en un principio, sino todos los muebles a excepción del imprescindible sofá. Naturalmente, no solo se trataba de una testarudez pueril y de la confianza en sí misma que en los últimos tiempos, en forma inesperada y difícil, había conseguido, lo que la impulsaba a esta exigencia; ella había observado, efectivamente, que Gregorio necesitaba mucho sitio para arrastrarse y que, en cambio, no utilizaba en absoluto los muebles, al menos por lo que se veía. Pero quizá jugaba también un papel importante el carácter entusiasta de una chica de su edad, que busca su satisfacción en cada oportunidad, y por el que Grete ahora se dejaba tentar con la intención de hacer más que ahora, porque en una habitación en la que solo Gregorio era dueño y señor de las paredes vacías, no se atrevería a entrar ninguna otra persona más que Grete.

Así pues, no se dejó disuadir de sus propósitos por la madre, que también, de pura inquietud, parecía sentirse insegura en esta habitación; pronto enmudeció y ayudó a la hermana con todas sus

fuerzas a sacar el armario. Bueno, en caso de necesidad, Gregorio podía prescindir del armario, pero el escritorio tenía que quedarse; y apenas habían abandonado las mujeres la habitación con el armario, en el cual se apoyaban gimiendo, cuando Gregorio sacó la cabeza de debajo del sofá para ver cómo podía intervenir en el asunto lo más prudente y discretamente posible. Pero, por desgracia, fue precisamente la madre quien regresó primero, mientras Grete, en la habitación contigua, sujetaba el armario rodeándolo con los brazos y lo empujaba sola de acá para allá, naturalmente, sin conseguir moverlo de su sitio. Pero la madre no estaba acostumbrada a ver a Gregorio, podría ponerse enferma por su culpa, y así Gregorio, andando hacia atrás, se alejó asustado hasta el otro extremo del sofá, pero no pudo evitar que la sábana se moviese un poco por la parte de adelante. Esto fue suficiente para llamar la atención de la madre. Esta se detuvo, permaneció allí un momento en silencio y luego volvió con Grete.

A pesar de que Gregorio se repetía una y otra vez que no ocurría nada fuera de lo común, sino que solo se cambiaban de sitio algunos muebles, sin embargo, como pronto habría de confesarse a sí mismo, este ir y venir de las mujeres, sus breves gritos, el arrastre de los muebles sobre el piso, le producían la impresión de un gran barullo, que crecía procedente de todas partes y, por mucho que encogiera la cabeza y las patas sobre sí mismo y apretara el cuerpo contra el suelo, tuvo que confesarse inevitablemente que no soportaría esto mucho tiempo. Ellas le vaciaban su habitación, le quitaban todo aquello a lo que le tenía cariño; el armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas ya lo habían sacado; ahora ya aflojaban el escritorio, que estaba fijo al suelo, en el cual había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del

instituto e incluso alumno de la escuela primaria. Ante esto no le quedaba ni un momento para comprobar las buenas intenciones que tenían las dos mujeres, y cuya existencia, por cierto, casi había olvidado, porque de puro agotamiento trabajaban en silencio y solamente se oían las sordas pisadas de sus pies.

Y así salió de repente –las mujeres estaban en ese momento en la habitación contigua, apoyadas en el escritorio para tomar aliento–, cambió cuatro veces la dirección de su marcha, no sabía con seguridad qué era lo que debía salvar primero, cuando vio en la pared ya vacía, llamándole la atención, el cuadro de la mujer envuelta en pieles, se arrastró apresuradamente hacia arriba y se apretó contra el cuadro, cuyo cristal lo sujetaba y le aliviaba el ardor de su vientre. Al menos este cuadro, que Gregorio tapaba ahora por completo, seguro que no se lo llevaba nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta de la habitación para observar a las mujeres cuando volviesen.

No se habían permitido una larga tregua y ya volvían; Grete había rodeado a su madre del brazo, sosteniéndola. “¿Qué nos llevamos ahora?”, dijo Grete, y miró a su alrededor. Entonces sus miradas se cruzaron con las de Gregorio, que estaba en la pared. Seguramente solo a causa de la presencia de la madre conservó su serenidad, inclinó su rostro hacia la madre para impedir que ella mirase a su alrededor, y dijo temblando y aturdida: “Ven, ¿nos volvemos un momento al comedor?”. Gregorio veía claramente la intención de Grete, quería llevar a la madre a un lugar seguro y luego echarlo de la pared. Bueno, ¡que lo intentara! Él permanecería sobre su cuadro y no renunciaría a él. Prefería saltarle a Grete a la cara.

Pero justamente las palabras de Grete inquietaron a la madre, se echó a un lado, vio la gigantesca mancha pardusca sobre el papel pintado de flores y, antes de darse cuenta, realmente cuenta de que aquello que veía era Gregorio, gritó con voz ronca y estridente: “¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío!”, y con los brazos extendidos cayó sobre el sofá, como si renunciase a todo, y se quedó allí inmóvil. “¡Cuidado, Gregorio!”, gritó la hermana levantando el puño y con una mirada penetrante. Desde la metamorfosis eran estas las primeras palabras que le dirigía directamente. Corrió a la habitación contigua para buscar alguna esencia con la que pudiese despertar a su madre de su inconsciencia. Gregorio también quería ayudar –había tiempo más que suficiente para salvar el cuadro–, pero estaba pegado al cristal y tuvo que desprenderse con fuerza, luego corrió también a la habitación de al lado como si pudiera darle a la hermana algún consejo, como en otros tiempos, pero tuvo que quedarse detrás de ella sin hacer nada, mientras que Grete revolvía entre diversos frascos, se asustó al darse la vuelta, un frasco se cayó al suelo y se rompió y un trozo de cristal hirió a Gregorio en la cara; una medicina corrosiva se derramó sobre él. Sin detenerse más tiempo, Grete tomó todos los frascos que podía llevar y corrió con ellos hacia donde estaba la madre; cerró la puerta con el pie. Gregorio estaba ahora aislado de la madre, que quizás estaba a punto de morir por su culpa; no debía abrir la habitación, no quería echar a la hermana, que tenía que permanecer con la madre; ahora no tenía otra cosa que hacer que esperar; y, afligido por los remordimientos y la preocupación, empezó a arrastrarse, se arrastró por todas partes: paredes, muebles y techo, y finalmente, en su desesperación, cuando ya la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor, se desplomó en

medio de la gran mesa. Pasó un momento, Gregorio yacía allí extenuado, a su alrededor todo estaba tranquilo, quizás esto era una buena señal. Entonces sonó el timbre. La criada estaba, naturalmente, encerrada en su cocina y Grete tenía que ir a abrir. El padre había llegado. “¿Qué ha ocurrido?”, fueron sus primeras palabras. El aspecto de Grete lo revelaba todo. Grete contestó con voz ahogada, sin duda apretaba su rostro contra el pecho del padre: “La madre se desmayó, pero ya está mejor. Gregorio se ha escapado”. “Ya me lo esperaba”, dijo el padre, “se los he dicho una y otra vez, pero ustedes, las mujeres, nunca hacen caso”. Gregorio se dio cuenta de que el padre había interpretado mal la escueta información de Grete y que sospechaba que Gregorio había hecho algún acto violento. Por eso ahora tenía que intentar tranquilizar al padre, porque para darle explicaciones no tenía ni tiempo ni posibilidad. Así pues, Gregorio se precipitó hacia la puerta de la habitación y se apretó contra ella para que el padre, ya desde el momento en que entrase en el vestíbulo, viese que Gregorio tenía la más sana intención de regresar inmediatamente a su habitación, y que no era necesario hacerlo retroceder, sino que solo hacía falta abrir la puerta e inmediatamente desaparecería. Pero el padre no estaba como para advertir tales sutilezas. “¡Ah!”, gritó al entrar, en un tono como si al mismo tiempo estuviese furioso y satisfecho. Gregorio retiró la cabeza de la puerta y la levantó hacia el padre. Nunca se hubiera imaginado así al padre, tal como estaba allí; aunque es verdad que últimamente, atento a arrastrarse por todas partes, había perdido la ocasión de preocuparse como antes de los asuntos que ocurrían en el resto de la casa, y tenía realmente que haber estado preparado para encontrar las circunstancias cambiadas. Incluso así, ¿era este el padre? ¿El mismo

hombre que parecía sepultado en la cama, cuando, en otros tiempos, Gregorio salía en viaje de negocios? ¿El mismo hombre que, la tarde en que volvía, lo recibía en bata sentado en su sillón, y que no estaba en condiciones de levantarse, sino que, como señal de alegría, solo levantaba los brazos hacia él? ¿El mismo hombre que, durante los pocos paseos en común, un par de domingos al año o en las festividades más importantes, se abría paso hacia delante entre Gregorio y la madre, que ya de por sí andaban despacio, aún más despacio que ellos, envuelto en su viejo abrigo, siempre apoyando con cuidado el bastón, y que, cuando quería decir algo, casi siempre se quedaba parado y congregaba a sus acompañantes a su alrededor? Pero ahora estaba muy derecho, vestido con un tieso uniforme azul con botones, como los que llevan los ordenanzas de los bancos; por encima del cuello alto y rígido de la chaqueta sobresalía su gran papada; por debajo de las pobladas cejas se abría paso la mirada, despierta y atenta, de unos ojos negros. El cabello blanco, en otro tiempo desgreñado, estaba ahora ordenado en un peinado a raya brillante y exacto. Arrojó su gorra, en la que había bordado un monograma dorado, probablemente el de un banco, sobre el sofá a través de la habitación formando un arco, y se dirigió hacia Gregorio con el rostro enconado, las puntas de la larga chaqueta del uniforme echadas hacia atrás y las manos en los bolsillos del pantalón. Probablemente ni él mismo sabía lo que iba a hacer; sin embargo, levantaba los pies a una altura desusada y Gregorio se asombró del tamaño enorme de las suelas de sus botas. Pero Gregorio no permanecía parado, ya sabía desde el primer día de su nueva vida que el padre, con respecto a él, solo consideraba oportuna la mayor rigidez. Y así corría delante del padre, se paraba si el padre se paraba, y se apresuraba a seguir

hacia delante solo con que el padre se moviese. Así recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriese nada decisivo y sin que ello hubiese tenido el aspecto de una persecución, como consecuencia de la lentitud de su recorrido. Por eso Gregorio permaneció de momento sobre el suelo, especialmente porque temía que el padre considerase una especial maldad por su parte la huida a las paredes o al techo. Por otra parte, Gregorio tuvo que confesar-se a sí mismo que no soportaría por mucho tiempo estas carreras, porque mientras el padre daba un paso, él tenía que realizar un sinnúmero de movimientos. Ya comenzaba a sentir ahogos, aunque es verdad que tampoco anteriormente había tenido unos pulmones dignos de confianza. Mientras se tambaleaba con la intención de reunir todas sus fuerzas para la carrera, apenas tenía los ojos abiertos; en su embotamiento no pensaba en otra posibilidad de salvación que la de correr; y ya casi había olvidado que las paredes estaban a su disposición. En ese momento, algo, lanzado sin fuerza, cayó junto a él y echó a rodar por delante de él. Era una manzana; inmediatamente siguió otra; Gregorio se quedó inmóvil del susto; seguir corriendo era inútil, porque el padre había decidido bombardearlo. Con la fruta procedente del frutero que estaba sobre el aparador se había llenado los bolsillos y lanzaba manzana tras manzana sin apuntar con exactitud, de momento. Estas pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como electrificadas y chocaban unas con otras. Una manzana lanzada sin fuerza rozó la espalda de Gregorio, pero resbaló sin causarle daño. Sin embargo, otra, que la siguió inmediatamente, se incrustó en la espalda de Gregorio; este quería continuar arrastrándose, como si el increíble y sorprendente dolor pudiese aliviarse al cambiar de sitio; pero estaba como clavado y se estiraba, totalmente desconcertado.

Solo al mirar por última vez alcanzó a ver cómo la puerta de su habitación se abría de par en par y por delante de la hermana, que chillaba, salía corriendo la madre en enaguas, puesto que la hermana la había desnudado para proporcionarle aire mientras permanecía inconsciente; vio también cómo, a continuación, la madre corría hacia el padre y, en el camino, perdía una tras otra sus enaguas desatadas, y cómo, tropezando con ellas, caía sobre el padre, y abrazándolo, unida estrechamente a él –ya empezaba a fallarle la vista a Gregorio–, le suplicaba, cruzando las manos por detrás de su nuca, que perdonase la vida de Gregorio.

3.

La grave herida de Gregorio, cuyos dolores soportó más de un mes –la manzana permaneció empotrada en la carne como recuerdo visible, ya que nadie se atrevía a retirarla–, pareció recordarle, incluso al padre, que Gregorio, a pesar de su triste y repugnante forma actual, era un miembro de la familia, a quien no podía tratarse como a un enemigo, sino frente al cual el deber familiar era aguantarse la repugnancia y resignarse, nada más que resignarse.

Y si Gregorio ahora, por culpa de su herida, probablemente había perdido agilidad para siempre, y por lo pronto necesitaba para cruzar su habitación, como un viejo inválido, largos minutos –no podía ni pensar en arrastrarse por las alturas–, sin embargo, en compensación por este empeoramiento de su estado, recibió, en su opinión, una reparación más que suficiente: hacia el anochecer se abrió la puerta del comedor, la cual solía observar fijamente ya desde dos horas antes, de forma que, tumbado en la oscuridad de su habitación, sin ser visto desde el comedor, podía ver a toda la

familia en la mesa iluminada y podía escuchar sus conversaciones, en cierto modo con el consentimiento general, es decir, de una forma completamente distinta de como había sido hasta ahora.

Naturalmente, ya no se trataba de las animadas conversaciones de antaño, en las que Gregorio, desde la habitación de su hotel, siempre había pensado con cierta nostalgia cuando, cansado, tenía que meterse en la cama húmeda. La mayoría de las veces transcurría el tiempo en silencio. El padre no tardaba en dormirse en la silla después de la cena, y la madre, inclinada muy por debajo de la luz, cosía ropa fina para un comercio de moda; la hermana, que había aceptado un trabajo como dependienta, estudiaba por la noche estenografía y francés, para conseguir, quizá más tarde, un puesto mejor. A veces el padre se despertaba y, como si no supiera que había dormido, le decía a la madre: “¡Cuánto cosas hoy también!”, e inmediatamente volvía a dormirse mientras la madre y la hermana se sonreían mutuamente.

Por una especie de obstinación, el padre se negaba a quitarse el uniforme mientras estaba en casa; y mientras la bata colgaba inútilmente de la percha, el padre dormitaba en su asiento, completamente vestido, como si siempre estuviese preparado para el servicio e incluso en casa esperase también la voz de su superior. Como consecuencia, el uniforme, que no era ya nuevo en un principio, empezó a ensuciarse a pesar del cuidado de la madre y de la hermana. Gregorio pasaba frecuentemente tardes enteras mirando esa brillante ropa, completamente manchada con sus botones dorados siempre limpios, con la que el anciano dormía muy incómodo y, sin embargo, tranquilo.

En cuanto el reloj daba las diez, la madre intentaba despertar al padre en voz baja y convencerlo para que se fuese a la cama,

porque tenía que empezar a trabajar a las seis de la mañana. Pero con la obstinación que se había apoderado de él desde que se había convertido en ordenanza, insistía en quedarse más tiempo a la mesa, a pesar de que, normalmente, se quedaba dormido y, además, solo con grandes esfuerzos podía convencerlo de que cambiase la silla por la cama. Ya podían la madre y la hermana insistir con pequeñas amonestaciones; durante un cuarto de hora daba cabezadas lentamente, mantenía los ojos cerrados y no se levantaba. La madre lo tiraba del brazo diciéndole al oído palabras cariñosas, la hermana abandonaba su trabajo para ayudar a la madre, pero esto no tenía efecto sobre el padre. Se hundía más profundamente en su silla. Solo cuando las mujeres lo tomaban por debajo de los hombros, abría los ojos, miraba alternativamente a la madre y a la hermana, y solía decir: “¡Qué vida esta! ¡Esta es la tranquilidad de mis últimos días!”, y apoyado sobre las dos mujeres se levantaba pesadamente, como si él mismo fuese su más pesada carga, se dejaba llevar por ellas hasta la puerta, allí les hacía una señal de que no las necesitaba, y continuaba solo, mientras que la madre y la hermana dejaban apresuradamente su costura y su pluma para correr tras el padre y continuar ayudándolo.

¿Quién en esta familia, agotada por el trabajo y rendida de cansancio, iba a tener más tiempo del necesario para ocuparse de Gregorio? El presupuesto familiar se reducía cada vez más; la criada acabó por ser despedida. Una sirvienta gigantesca y huesuda, con el pelo blanco y desgredado, venía por la mañana y por la noche, y hacía el trabajo más pesado; todo lo demás lo hacía la madre, además de su mucha costura. Ocurrió incluso el caso de que varias joyas de la familia, que la madre y la hermana habían lucido entusiasmadas en reuniones y fiestas, hubieron de ser ven-

didadas, según se enteró Gregorio por la noche por la conversación acerca del precio conseguido. Pero el mayor motivo de queja era que no se podía dejar ese piso, que resultaba demasiado grande en las circunstancias presentes, ya que no sabían cómo se podría trasladar a Gregorio. Pero Gregorio comprendía que no era solo la consideración hacia él lo que impedía su traslado, porque se lo habría podido transportar fácilmente en un cajón apropiado con un par de agujeros para el aire; lo que, en primer lugar, impedía a la familia un cambio de piso era, aún más, la desesperación total y la idea de que habían sido golpeados por una desgracia como no había igual en todo su círculo de parientes y amigos. Todo lo que el mundo exige de la gente pobre lo cumplían ellos hasta la saciedad: el padre iba a buscar el desayuno para el pequeño empleado de banco, la madre se sacrificaba por la ropa de gente extraña, la hermana, a la orden de los clientes, corría de un lado para otro detrás del mostrador, pero las fuerzas de la familia ya no daban para más. La herida de la espalda comenzaba otra vez a dolerle a Gregorio como recién hecha cuando la madre y la hermana, después de haber llevado al padre a la cama, regresaban, dejaban a un lado el trabajo, se acercaban una a otra, sentándose muy juntas. Entonces la madre, señalando hacia la habitación de Gregorio, decía: “Cierra la puerta, Grete”, y cuando Gregorio se encontraba de nuevo en la oscuridad, afuera las mujeres confundían sus lágrimas o simplemente miraban fijamente a la mesa sin llorar.

Gregorio pasaba las noches y los días casi sin dormir. A veces pensaba que la próxima vez que se abriese la puerta él se haría cargo de los asuntos de la familia como antes; en su mente aparecieron de nuevo, después de mucho tiempo, el jefe y el encargado, los dependientes y los aprendices, el mandadero, tan torpe, dos, tres

amigos de otros negocios, una camarera de un hotel de provincias, un recuerdo amado y fugaz: una cajera de una tienda de sombreros a quien había pretendido seriamente, pero con demasiada lentitud; todos ellos aparecían mezclados con gente extraña o ya olvidada, pero en lugar de ayudarlo a él y a su familia, todos ellos eran inaccesibles, y Gregorio se sentía aliviado cuando desaparecían. Pero después ya no estaba de humor para preocuparse por su familia, solamente sentía rabia por el mal cuidado del que era objeto, y, a pesar de que no podía imaginarse algo que le hiciese sentir apetito, hacía planes sobre cómo podría llegar a la despensa para tomar de allí lo que quisiese, incluso aunque no tuviera hambre alguna. Sin pensar más en qué era lo que podría gustarle a Gregorio, la hermana, por la mañana y al mediodía, antes de marcharse a la tienda, empujaba apresuradamente con el pie cualquier comida en la habitación de Gregorio, para después recogerla por la noche con el palo de la escoba, tanto si la comida había sido probada como si –y este era el caso más frecuente– ni siquiera había sido tocada. Ordenar la habitación, cosa que ahora hacía siempre por la noche, no se podía hacer más rápido. Franjas de suciedad se extendían por las paredes, por todas partes había restos de suciedad y de polvo. Al principio, cuando llegaba la hermana, Gregorio se colocaba en el lugar más significativamente sucio para, en cierto modo, hacerle reproches mediante esa posición. Pero seguramente habría podido permanecer allí semanas enteras sin que la hermana hubiese mejorado su actitud por ello; ella veía la suciedad lo mismo que él, pero se había decidido a dejarla allí. Al mismo tiempo, con una susceptibilidad completamente nueva en ella y que, en general, se había apoderado de toda la familia, ponía especial atención en el hecho de que se reservara solamente a ella el cuidado de la

habitación de Gregorio. En una ocasión la madre había sometido la habitación de Gregorio a una gran limpieza, que había logrado solamente después de usar varios baldes de agua –la humedad, sin embargo, también molestaba a Gregorio, que yacía extendido, amargado e inmóvil sobre el sofá–, pero el castigo de la madre no se hizo esperar, porque apenas había notado la hermana por la tarde el cambio en la habitación de Gregorio, cuando, herida en lo más profundo de sus sentimientos, corrió al comedor y, a pesar de que la madre suplicaba con las manos levantadas, rompió en un mar de lágrimas, que los padres –el padre despertó sobresaltado en su silla–, al principio, observaban asombrados y sin poder hacer nada, hasta que, también ellos, comenzaron a sentirse conmovidos; el padre, a su derecha, le reprochaba a la madre que no hubiese dejado al cuidado de la hermana la limpieza de la habitación de Gregorio; a su izquierda, le decía a gritos a la hermana que nunca más volvería a limpiar la habitación de Gregorio, mientras que la madre intentaba llevar al dormitorio al padre, que no podía más de irritación; la hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus pequeños puños, y Gregorio silbaba de pura rabia porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta para ahorrarle ese espectáculo y ese ruido.

Pero incluso la hermana, agotada por su trabajo, estaba ya harta de cuidar de Gregorio como antes, tampoco la madre tenía que sustituirla y no era necesario que Gregorio hubiera sido abandonado, porque para eso estaba la sirvienta. Esa vieja viuda, que en su larga vida debía haber superado lo peor con ayuda de su fuerte constitución, no sentía repugnancia alguna por Gregorio. Sin sentir verdadera curiosidad, una vez había abierto por casualidad la puerta de la habitación de Gregorio y, al verlo, se quedó parada,

asombrada, con los brazos cruzados, mientras este, sorprendido y a pesar de que nadie lo perseguía, comenzó a correr de un lado a otro. Desde entonces no perdía la oportunidad de abrir un poco la puerta por la mañana y por la tarde para echar un vistazo a la habitación de Gregorio. Al principio lo llamaba hacia ella con palabras que, probablemente, consideraba amables, como “¡Ven aquí, pedazo de bicho!” o “¡Miren el viejo bicho este!”. Gregorio no contestaba nada a tales llamadas, sino que permanecía inmóvil en su sitio, como si la puerta no hubiese sido abierta. ¡Si se le hubiera ordenado a esa sirvienta que limpiase diariamente la habitación en lugar de dejar que lo molestase inútilmente a su antojo! Una vez, por la mañana temprano –una intensa lluvia golpeaba los cristales, quizá como signo de la primavera, que ya se acercaba–, cuando la sirvienta empezó otra vez con sus improperios, Gregorio se enfureció tanto que se dio la vuelta hacia ella como para atacarla, pero de forma lenta y débil. Sin embargo, la sirvienta, en vez de asustarse, alzó simplemente una silla, que se encontraba cerca de la puerta, y, tal como permanecía allí, con la boca completamente abierta, estaba clara su intención de cerrar la boca solo cuando la silla que tenía en la mano acabase en la espalda de Gregorio. “¿Con que no seguimos adelante?”, preguntó, al ver que Gregorio se daba de nuevo la vuelta, y volvió a colocar la silla tranquilamente en el rincón. Gregorio ya no comía casi nada. Solo si pasaba por casualidad al lado de la comida tomaba un bocado para jugar con él en la boca, lo mantenía allí horas y horas y, la mayoría de las veces, acababa por escupirlo. Al principio pensó que lo que le impedía comer era tristeza por el estado de su habitación, pero precisamente con los cambios de su habitación se reconcilió muy pronto. Se habían acostumbrado a meter en esta habitación cosas que no podían colocar en otro

sitio, y ahora había muchas cosas de estas, porque una de las habitaciones de la casa había sido alquilada a tres huéspedes. Estos señores tan severos –los tres tenían barba, según pudo comprobar Gregorio por una rendija de la puerta– ponían especial énfasis en el orden, no solo ya de su habitación, sino de toda la casa, puesto que se habían instalado aquí, y especialmente en el orden de la cocina. No soportaban trastos inútiles ni mucho menos sucios. Además, habían traído una gran parte de sus propios muebles. Por ese motivo sobraban muchas cosas que no se podían vender ni tampoco se querían tirar. Todas esas cosas acababan en la habitación de Gregorio. Lo mismo ocurrió con el balde de la ceniza y el tacho de basura de la cocina. La sirvienta, que siempre tenía mucha prisa, arrojaba simplemente en la habitación de Gregorio todo lo que, de momento, no servía; por suerte, Gregorio solo veía, la mayoría de las veces, el objeto correspondiente y la mano que lo sujetaba. La sirvienta tenía, quizá, la intención de recoger de nuevo las cosas cuando hubiese tiempo y oportunidad, o quizá tirarlas en el mismo lugar en que habían caído al arrojarlas, a no ser que Gregorio se moviese por entre los trastos y los pusiera en movimiento, al principio, obligado a ello porque no había sitio libre para arrastrarse, pero más tarde con creciente satisfacción, a pesar de que después de tales paseos acababa mortalmente agotado y triste, y durante horas permanecía inmóvil.

Como los huéspedes a veces tomaban la cena en el comedor, la puerta permanecía algunas noches cerrada, pero Gregorio renunciaba gustoso a abrirla, incluso algunas noches en que había estado abierta no se había aprovechado de ello, sino que, sin que la familia lo notase, se había tumbado en el rincón más oscuro de la habitación. Pero en una ocasión la sirvienta había dejado

un poco abierta la puerta que daba al comedor y se quedó abierta incluso cuando los huéspedes llegaron y se encendió la luz. Se sentaban a la mesa en los mismos sitios en que antes habían comido el padre, la madre y Gregorio, desdoblaban las servilletas y tomaban en la mano cuchillo y tenedor. Al momento aparecía por la puerta la madre con una fuente de carne, y poco después lo hacía la hermana con una fuente llena de papas. La comida humeaba. Los huéspedes se inclinaban sobre las fuentes que había ante ellos como si quisiesen examinarlas antes de comer, y, efectivamente, el señor que estaba sentado en medio y que parecía ser el que más autoridad tenía de los tres, cortaba un trozo de carne en la misma fuente con el fin de comprobar si estaba lo suficientemente tierna, o quizá tenía que ser devuelta a la cocina. La prueba lo satisfacía, la madre y la hermana, que habían observado todo con impaciencia, comenzaban a sonreír respirando profundamente.

La familia comía en la cocina. A pesar de ello, el padre, antes de entrar en esta, entraba en la habitación y con una sola reverencia y la gorra en la mano daba una vuelta a la mesa. Los huéspedes se levantaban y murmuraban algo para sí mismos. Cuando ya estaban solos, comían casi en absoluto silencio. A Gregorio le parecía extraño el hecho de que, de todos los variados ruidos de la comida, una y otra vez se escuchasen los dientes al masticar, como si con ello quisieran mostrarle a Gregorio que para comer se necesitan los dientes y que, aun con las más hermosas mandíbulas, sin dientes no se podía conseguir nada. “Yo no tengo apetito”, se decía Gregorio preocupado, “pero me apetece estas cosas. ¡Cómo comen los huéspedes y yo me muero!”.

Precisamente aquella noche –Gregorio no se acordaba de haberlo oído en todo ese tiempo– se escuchó el violín. Los huéspedes ya

habían terminado de cenar, el de en medio había sacado un periódico, les había dado una hoja a cada uno de los otros dos, y los tres fumaban y leían echados hacia atrás. Cuando el violín comenzó a sonar escucharon con atención, se levantaron y, de puntillas, fueron hacia la puerta del vestíbulo, en la que permanecieron quietos de pie, apretados uno junto al otro. Desde la cocina se los debió oír, porque el padre gritó: “¿Les molesta a los señores la música? Inmediatamente puede dejar de tocarse”. “Al contrario”, dijo el señor de en medio, “¿no desearía la señorita entrar con nosotros y tocar aquí en la habitación, donde es mucho más cómodo y agradable?”. “Naturalmente”, exclamó el padre, como si el violinista fuera él mismo. Los señores regresaron a la habitación y esperaron. Pronto llegó el padre con el atril, la madre con la partitura y la hermana con el violín. La hermana preparó con tranquilidad todo lo necesario para tocar. Los padres, que nunca antes habían alquilado habitaciones, y por ello exageraban la amabilidad con los huéspedes, no se atrevían a sentarse en sus propias sillas; el padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha colocada entre dos botones de la librea abrochada; a la madre le fue ofrecida una silla por uno de los señores y, como la dejó en el lugar en el que, por casualidad, la había colocado el señor, permanecía sentada en un lugar apartado.

La hermana empezó a tocar; el padre y la madre, cada uno desde su lugar, seguían con atención los movimientos de sus manos. Gregorio, atraído por la música, había avanzado un poco hacia delante y ya tenía la cabeza en el comedor. Ya apenas se extrañaba de que en los últimos tiempos no tenía consideración con los demás; antes estaba orgulloso de tener esa consideración y, precisamente ahora, habría tenido mayor motivo para esconderse, porque, como

consecuencia del polvo que reinaba en su habitación, y que volaba por todas partes al menor movimiento, él mismo estaba también lleno de polvo. Sobre su espalda y sus costados arrastraba consigo por todas partes hilos, pelos, restos de comida... Su indiferencia hacia todo era demasiado grande como para tumbarse sobre su espalda y restregarse contra la alfombra, tal como hacía antes varias veces al día. Y, a pesar de este estado, no sentía vergüenza de avanzar por el suelo impecable del comedor.

Por otra parte, nadie le prestaba atención. La familia estaba completamente absorta en la música del violín; por el contrario, los huéspedes, que al principio, con las manos en los bolsillos, se habían colocado demasiado cerca detrás del atril de la hermana, de forma que podrían haber leído la partitura, lo cual sin duda tenía que estorbar a la hermana, hablando a media voz, con las cabezas inclinadas, se retiraron pronto hacia la ventana, donde permanecieron observados por el padre con preocupación. Realmente era evidente la impresión de que habían sido decepcionados en su suposición de escuchar una pieza bella o divertida, de que estaban hartos de la función y solo permitían que se los molestase por amabilidad. Especialmente, la forma en que echaban a lo alto el humo de los cigarrillos por la boca y por la nariz denotaba gran nerviosismo. Y, sin embargo, la hermana tocaba tan bien... Su rostro estaba inclinado hacia un lado, atenta y tristemente seguían sus ojos las notas del pentagrama. Gregorio avanzó un poco más y mantenía la cabeza pegada al suelo para, quizá, poder encontrar sus miradas. ¿Es que era ya una bestia a la que le emocionaba la música? Le parecía como si se le mostrase el camino hacia el desconocido y anhelado alimento. Estaba decidido a acercarse hasta la hermana, tirarle de la pollera y darle así a entender que ella podía

entrar con su violín en su habitación porque nadie podía recompensar su música como él quería hacerlo. No quería dejarla salir nunca de su habitación, al menos mientras él viviese; su horrible forma le sería útil por primera vez; quería estar a la vez en todas las puertas de la habitación y defenderla de quienes la atacasen, pero la hermana no debía quedarse con él por la fuerza, sino por su propia voluntad; debería sentarse junto a él en el sofá, inclinar el oído hacia él, y él deseaba confiarle que había tenido la firme intención de enviarla al conservatorio y que si la desgracia no se hubiese cruzado en su camino la Navidad pasada –probablemente la Navidad ya había pasado– se lo habría dicho a todos sin preocuparse de réplica alguna. Después de esta confesión, la hermana estallaría en lágrimas de emoción y Gregorio se levantaría y le daría un beso en el cuello, que, desde que iba a la tienda, llevaba siempre al aire sin cintas ni adornos.

“¡Señor Samsa!”, gritó el señor de en medio al padre y señaló, sin decir una palabra más, con el índice hacia Gregorio, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció, en un principio el huésped de en medio sonrió a sus amigos moviendo la cabeza y, a continuación, miró hacia Gregorio. El padre, en lugar de echar a Gregorio, consideró más necesario, ante todo, tranquilizar a los huéspedes, a pesar de que ellos no estaban nerviosos y Gregorio parecía distraerlos más que el violín. Se precipitó hacia ellos e intentó, con los brazos abiertos, empujarlos a su habitación y, al mismo tiempo, evitar con su cuerpo que pudiesen ver a Gregorio. Ciertamente se enfadaron un poco, no se sabía ya si por el comportamiento del padre o porque ahora se empezaban a dar cuenta de que, sin saberlo, habían tenido a un vecino como Gregorio. Exigían al padre explicaciones, levantaban los brazos, se tiraban intranquilos de la

barba y, muy lentamente, retrocedían a su habitación. Entretanto, la hermana había superado el desconcierto en que había caído después de interrumpir su música de una forma tan repentina, había reaccionado pronto, después de que durante unos momentos había sostenido en las manos caídas con indolencia el violín y el arco, y había seguido mirando la partitura como si todavía tocara, había colocado el instrumento en el regazo de la madre, que todavía seguía sentada en su silla con dificultades para respirar y agitando violentamente los pulmones, y había corrido hacia la habitación de al lado, a la que los huéspedes se acercaban cada vez más rápido ante la insistencia del padre. Se veía cómo, gracias a las diestras manos de la hermana, las mantas y almohadas de las camas volaban hacia lo alto y se ordenaban. Antes de que los señores hubiesen llegado a la habitación, había terminado de hacer las camas y se había escabullido hacia fuera. El padre parecía estar hasta tal punto dominado por su obstinación, que olvidó todo el respeto que, ciertamente, debía a sus huéspedes. Solo los empujaba y los empujaba hasta que, ante la puerta de la habitación, el señor de en medio dio una patada atronadora contra el suelo y así detuvo al padre. “Participo a ustedes”, dijo, levantó la mano y buscaba con su mirada también a la madre y a la hermana, “que, teniendo en cuenta las repugnantes circunstancias que reinan en esta casa y en esta familia” –en este punto escupió decididamente sobre el suelo–, “en este preciso instante dejo la habitación. Por los días que he vivido aquí no pagaré, naturalmente, lo más mínimo: por el contrario, juzgaré si no procedo contra ustedes con algunas reclamaciones muy fáciles, créanme, de justificar”. Calló y miró hacia delante como si esperase algo. En efecto, sus dos amigos intervinieron inmediatamente con las siguientes palabras: “También

nosotros dejamos en este momento la habitación”. A continuación, el de en medio agarró el picaporte y cerró la puerta de un portazo. El padre se tambaleaba tanteando con las manos en dirección a su silla y se dejó caer en ella. Parecía como si se preparase para su acostumbrada siestecita nocturna, pero la profunda inclinación de su cabeza, abatida como si nada la sostuviese, mostraba que de ninguna manera dormía. Gregorio yacía todo el tiempo en silencio en el mismo sitio en que lo habían descubierto los huéspedes. La decepción por el fracaso de sus planes, pero quizá también la debilidad causada por el hambre que pasaba, le impedían moverse. Temía, con cierto fundamento, que dentro de unos momentos se desencadenase sobre él una tormenta general, y esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín que, por entre los temblorosos dedos de la madre, se cayó de su regazo y produjo un sonido retumbante.

“Queridos padres”, dijo la hermana y, como introducción, dio un golpe sobre la mesa, “esto no puede seguir así. Si ustedes no se dan cuenta, yo sí me la doy. No quiero, ante esta bestia, pronunciar el nombre de mi hermano, y por eso solamente digo: tenemos que quitárnoslo de encima. Hemos hecho todo lo humanamente posible por cuidarlo y aceptarlo; creo que nadie puede hacernos el menor reproche”.

“Tienes razón una y mil veces”, dijo el padre para sus adentros. La madre, que aún no tenía aire suficiente, comenzó a toser sordamente sobre la mano que tenía ante la boca, con una expresión de enajenación en los ojos.

La hermana corrió hacia la madre y le sujetó la frente. El padre parecía estar enfrascado en determinados pensamientos; gracias a las palabras de la hermana, se había sentado más derecho, ju-

gueteaba con su gorra por entre los platos, que desde la cena de los huéspedes seguían en la mesa, y miraba de vez en cuando a Gregorio, que permanecía en silencio. “Tenemos que intentar quitárnoslo de encima”, dijo entonces la hermana, dirigiéndose solo al padre, porque la madre, con su tos, no oía nada. “Los va a matar a los dos, ya lo veo venir. Cuando hay que trabajar tan duramente como lo hacemos nosotros no se puede, además, soportar en casa este tormento sin fin. Yo tampoco puedo más”, y rompió a llorar de una forma tan violenta que sus lágrimas caían sobre el rostro de la madre, del cual las secaba mecánicamente con las manos.

“Pero hija”, dijo el padre compasivo y con sorprendente comprensión. “¿Qué podemos hacer!”. Pero la hermana solo se encogió de hombros como signo de la perplejidad que, mientras lloraba, se había apoderado de ella, en contraste con su seguridad anterior. “Si él nos entendiese...”, dijo el padre en tono medio interrogante. La hermana, en su llanto, movió violentamente la mano como señal de que no se podía pensar en ello. “Si él nos entendiese...”, repitió el padre, y cerrando los ojos hizo suya la convicción de la hermana acerca de la imposibilidad de ello, “entonces sería posible llegar a un acuerdo con él, pero así...”.

“Tiene que irse”, exclamó la hermana, “es la única posibilidad, padre. Solo tienes que desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo ha sido nuestra auténtica desgracia, pero ¿cómo es posible que sea Gregorio? Si fuese Gregorio, habría comprendido hace tiempo que una convivencia entre personas y semejante animal no es posible, y se habría marchado por su propia voluntad: ya no tendríamos un hermano, pero podríamos continuar viviendo y conservaríamos su recuerdo con honor. Pero así esa bestia nos persigue, echa a los huéspedes,

quiere, evidentemente, adueñarse de toda la casa y dejar que pasemos la noche en la calle. ¡Mira, padre, ya empieza otra vez!”, gritó de repente. Y con un miedo completamente incomprensible para Gregorio, la hermana abandonó incluso a la madre, se arrojó literalmente de su silla, como si prefiriera sacrificar a la madre antes que permanecer cerca de Gregorio, y se precipitó detrás del padre, que, principalmente irritado por su comportamiento, se puso también de pie y levantó los brazos a media altura por delante de la hermana para protegerla.

Pero Gregorio no pretendía para nada asustar a nadie, ni mucho menos a la hermana. Solamente había empezado a darse la vuelta para volver a su habitación y esto llamaba la atención, ya que, como consecuencia de su estado enfermizo, para dar tan difíciles vueltas tenía que ayudarse con la cabeza, que levantaba una y otra vez y que golpeaba contra el suelo. Se detuvo y miró a su alrededor; su buena intención pareció ser entendida; solo había sido un susto momentáneo, ahora todos lo miraban tristes y en silencio. La madre yacía en su silla con las piernas extendidas y apretadas una contra otra, los ojos casi se le cerraban de puro agotamiento. El padre y la hermana estaban sentados uno junto al otro, y la hermana había colocado su brazo alrededor del cuello del padre.

“Quizá pueda darme la vuelta ahora”, pensó Gregorio, y empezó de nuevo su actividad. No podía contener los resuellos por el esfuerzo y de vez en cuando tenía que descansar. Por lo demás, nadie lo apremiaba, se le dejaba hacer lo que quisiera. Cuando hubo dado la vuelta del todo comenzó enseguida a retroceder todo recto. Se asombró de la gran distancia que lo separaba de su habitación y no comprendía cómo, con su debilidad, hacía un momento había recorrido el mismo camino sin notarlo. Concentrándose constante-

mente en avanzar con rapidez, apenas se dio cuenta de que ni una palabra, ni una exclamación de su familia le molestaba. Cuando ya estaba en la puerta volvió la cabeza, no por completo porque notaba que el cuello se le ponía rígido, pero sí vio aún que detrás de él nada había cambiado, solo la hermana se había levantado. Su última mirada acarició a la madre, que, por fin, se había quedado profundamente dormida. Apenas entró en su habitación se cerró la puerta y echaron la llave. Gregorio se asustó tanto del repentino ruido producido detrás de él que las patitas se le doblaron. Era la hermana quien se había apresurado tanto. Había permanecido allí y había esperado, y con ligereza había saltado hacia delante. Gregorio ni siquiera la había oído venir, y la hermana gritó un “¡Por fin!” a los padres mientras echaba la llave.

“¿Y ahora?”, se preguntó Gregorio, y miró a su alrededor en la oscuridad. Pronto descubrió que ya no se podía mover. No se extrañó por ello, más bien le parecía antinatural que, hasta ahora, hubiera podido moverse con esas patitas. Por lo demás, se sentía relativamente a gusto. Bien es verdad que le dolía todo el cuerpo, pero le parecía como si los dolores se hiciesen más y más débiles y, al final, desapareciesen por completo. Apenas sentía ya la manzana podrida en su espalda y la infección que producía a su alrededor, cubiertas ambas por un suave polvo. Pensaba en su familia con cariño y emoción; su opinión de que tenía que desaparecer era, si cabe, aún más decidida que la de su hermana. En este estado de apacible y letárgica meditación permaneció hasta que el reloj de la torre dio las tres de la mañana. Vivió todavía el comienzo del amanecer detrás de los cristales. A continuación, contra su voluntad, su cabeza se desplomó sobre el suelo y sus orificios nasales exhalaban el último suspiro.

Cuando, por la mañana temprano, llegó la sirvienta –de pura fuerza y apuro daba tales portazos que, aunque repetidas veces se le había pedido que procurara evitarlos, desde el momento de su llegada era ya imposible concebir el sueño en todo el piso–, en su acostumbrada y breve visita a Gregorio nada le llamó al principio la atención. Pensaba que estaba allí tumbado tan inmóvil a propósito y se hacía el ofendido, lo creía capaz de tener todo el entendimiento posible. Como tenía por casualidad la larga escoba en la mano, intentó con ella hacerle cosquillas a Gregorio desde la puerta. Al no conseguir nada con ello, se enfadó y pinchó a Gregorio ligeramente, y solo cuando, sin que él opusiera resistencia, lo había movido de su sitio, le prestó atención. Cuando se dio cuenta de las verdaderas circunstancias abrió mucho los ojos, silbó para sus adentros, pero no se entretuvo y exclamó en voz alta hacia la oscuridad: “¡Fíjense, reventó, reventó del todo!”.

El matrimonio Samsa estaba sentado en la cama e intentaba sobreponerse del susto de la sirvienta antes de llegar a comprender su aviso. Pero después, el señor y la señora Samsa, cada uno por su lado, se bajaron rápidamente de la cama, el señor Samsa se echó la colcha por los hombros, la señora Samsa apareció en camisón, así entraron en la habitación de Gregorio. Entretanto, también se había abierto la puerta del comedor, en donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes; estaba completamente vestida, como si no hubiese dormido, su rostro pálido parecía probarlo. “¿Muerto?”, dijo la señora Samsa, y levantó los ojos con gesto interrogante hacia la sirvienta a pesar de que ella misma podía comprobarlo, e incluso podía darse cuenta de ello sin necesidad de comprobarlo. “¡Ya lo creo!”, dijo la sirvienta y, como prueba, empujó el cadáver de Gregorio con la escoba un buen trecho hasta un lado. La señora

Samsa hizo un movimiento como si quisiera detener la escoba, pero no lo hizo. “Bueno”, dijo el señor Samsa, “ahora podemos dar gracias a Dios”, se santiguó y las tres mujeres siguieron su ejemplo. Grete, que no apartaba los ojos del cadáver, dijo: “Miren qué flaco estaba, ya hacía mucho tiempo que no comía nada, las comidas salían como entraban”. Efectivamente, el cuerpo de Gregorio estaba completamente plano y seco, solo se daban cuenta realmente de ello ahora, ya que no lo levantaban sus patitas, y ninguna otra cosa distraía la mirada.

“Grete, ven un momento a nuestra habitación”, dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica, y Grete fue al dormitorio detrás de los padres, no sin volver la mirada hacia el cadáver. La sirvienta cerró la puerta y abrió del todo la ventana. A pesar de lo temprano de la mañana, ya había una cierta tibieza mezclada con el aire fresco. Ya era finales de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su habitación y miraron asombrados a su alrededor en busca de su desayuno; se habían olvidado de ellos. “¿Dónde está el desayuno?”, preguntó de mal humor el señor de en medio a la sirvienta, pero esta se colocó el dedo en la boca e hizo a los señores, apresurada y silenciosamente, señales con la mano para que fueran a la habitación de Gregorio. Así pues, fueron y permanecieron de pie, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas algo raídas, alrededor del cadáver, en la habitación de Gregorio ya totalmente iluminada.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y el señor Samsa apareció vestido con su librea, de un brazo su mujer y del otro su hija. Todos estaban un poco llorosos; a veces Grete apoyaba su rostro en el brazo del padre. “Salgan ustedes de mi casa inmediatamente”, dijo el señor Samsa, y señaló la puerta sin soltar a las

mujeres. “¿Qué quiere usted decir?”, dijo el señor de en medio algo aturdido, y sonrió con cierta hipocresía. Los otros dos tenían las manos en la espalda y se las frotaban constantemente una contra la otra, como si esperaran con alegría una gran pelea que tenía que resultarles favorable. “Quiero decir exactamente lo que digo”, contestó el señor Samsa; se dirigió en bloque con sus acompañantes hacia el huésped. Al principio este se quedó allí en silencio y miró hacia el suelo, como si las cosas se dispusieran en un nuevo orden en su cabeza.

“Pues entonces nos vamos”, dijo después, y levantó los ojos hacia el señor Samsa como si, en un repentino ataque de humildad, le pidiese incluso permiso para tomar esa decisión. El señor Samsa solamente asintió brevemente varias veces con los ojos muy abiertos. A continuación el huésped se dirigió, en efecto, a grandes pasos hacia el vestíbulo, sus dos amigos llevaban ya un rato escuchando con las manos completamente tranquilas y ahora daban verdaderos brincos detrás de él, como si tuviesen miedo de que el señor Samsa entrase antes que ellos en el vestíbulo e impidiese el contacto con su guía. Ya en el vestíbulo, los tres tomaron sus sombreros del perchero, sacaron sus bastones de la bastonera, hicieron una reverencia en silencio y salieron de la casa. Con una desconfianza completamente infundada, como se demostraría después, el señor Samsa salió con las dos mujeres al rellano, y apoyados sobre la barandilla veían cómo los tres, lenta pero constantemente, bajaban la larga escalera, en cada piso desaparecían tras un determinado recodo y volvían a aparecer a los pocos instantes. Cuanto más abajo estaban, tanto más interés perdía la familia Samsa por ellos, y cuando un oficial carnicero, con la carga en la cabeza en una posición orgullosa, se les acercó

de frente y luego, cruzándose con ellos, siguió subiendo, el señor Samsa abandonó la barandilla con las dos mujeres y todos regresaron aliviados a la casa.

Decidieron utilizar aquel día para descansar e ir de paseo; no solamente se habían ganado esa pausa en el trabajo, sino que, incluso, la necesitaban a toda costa. Así pues, se sentaron a la mesa y escribieron tres justificativos: el señor Samsa a su jefe, la señora Samsa al señor que le daba trabajo, y Grete al dueño de la tienda. Mientras escribían entró la sirvienta para decir que ya se marchaba porque había terminado su trabajo de la mañana. Los tres que escribían solamente asintieron, al principio sin levantar la vista; cuando la sirvienta no daba señales de retirarse levantaron la vista enfadados. “¿Qué pasa?”, preguntó el señor Samsa. La sirvienta permanecía de pie junto a la puerta, como si quisiera participar a la familia de un gran éxito, pero solo lo haría cuando se la interrogase con todo detalle. La pequeña pluma de avestruz colocada casi derecha sobre su sombrero, que, desde que estaba a su servicio, incomodaba al señor Samsa, se balanceaba suavemente en todas las direcciones. “¿Qué es lo que quiere usted?”, preguntó la señora Samsa, que era, de todos, la que más respetaba a la sirvienta. “Bueno”, contestó la sirvienta, y no podía seguir hablando de puro sonreír amablemente, “no tienen que preocuparse de cómo deshacerse de la cosa esa de al lado. Ya está todo arreglado”.

La señora Samsa y Grete se inclinaron de nuevo sobre sus cartas, como si quisieran continuar escribiendo; el señor Samsa, que se dio cuenta de que la sirvienta quería empezar a contarle todo con todo detalle, la rechazó decididamente con la mano extendida. Como no podía contar nada, recordó la gran prisa que tenía, gritó visiblemente ofendida: “¡Adiós a todos!”, se dio la vuelta con

rabia y abandonó la casa con un portazo tremendo. “Esta noche la despido”, dijo el señor Samsa, pero no recibió una respuesta ni de su mujer ni de su hija, porque la sirvienta parecía haber turbado la tranquilidad recién conseguida. Se levantaron, fueron hacia la ventana y permanecieron allí abrazadas. El señor Samsa se dio la vuelta en su silla hacia ellas y las observó en silencio un momento, luego las llamó: “Vamos, vengan. Olviden de una vez las cosas pasadas y tengan un poco de consideración conmigo”. Las mujeres le obedecieron enseguida, corrieron hacia él, lo acariciaron y terminaron rápidamente sus cartas.

Después, los tres abandonaron el piso juntos, cosa que no habían hecho desde hacía meses, y se marcharon al campo, fuera de la ciudad, en el tranvía. El vehículo en el que estaban sentados solos estaba totalmente iluminado por el cálido sol. Recostados cómodamente en sus asientos, hablaron de las perspectivas para el futuro y llegaron a la conclusión de que, vistas las cosas más de cerca, no eran malas en absoluto, porque los tres trabajos –a este respecto todavía no se habían interrogado realmente unos a otros– eran sumamente buenos y, especialmente, muy prometedores para el futuro. Pero la gran mejoría inmediata de la situación tenía que producirse, naturalmente, con un cambio de piso; ahora querían cambiarse a un piso más pequeño y más barato, pero mejor ubicado y, sobre todo, más práctico que el actual, que había sido elegido por Gregorio. Mientras hablaban así, al señor y a la señora Samsa se les ocurrió casi al mismo tiempo, al ver a su hija cada vez más animada, que en los últimos tiempos, a pesar de las desgracias que habían hecho palidecer sus mejillas, se había convertido en una joven fresca y hermosa. Cada vez más silenciosos y entendiéndose casi inconscientemente con las miradas pensaron que

ya había llegado el momento de buscarle un buen marido. Y para ellos fue como una confirmación de sus nuevos sueños y buenas intenciones cuando, al final de su viaje, fue la hija quien se levantó primero y estiró su cuerpo joven.

